

Radiografía sentimental del chavismo

Reinaldo Iturriza López

Índice

1. Radiografía sentimental del chavismo. 2 de junio de 2019
2. Leales pero resignados. 6 de junio de 2019
3. La inmensa fatiga. 9 de junio de 2019
4. Despolitizados, bobos. 13 de junio de 2019
5. La tragedia humana. 16 de junio de 2019
6. Conversos. 20 de junio de 2019
7. Irreductibles. 23 de junio de 2019
8. El no-lugar de la política. 27 de junio de 2019
9. Duelo. 30 de junio de 2019
10. Café. 4 de julio de 2019
11. Burgueses. 7 de julio de 2019
12. Servicios. 11 de julio de 2019
13. Fortaleza asediada. 14 de julio de 2019
14. Mala fe. 18 de julio de 2019
15. Cómo es posible. 21 de julio de 2019
16. Chavismo duro. 25 de julio de 2019
17. Guías. 28 de julio de 2019
18. Izquierda. 1 de agosto de 2019
19. Marchar, marcharse. 4 de agosto de 2019
20. Gobierno. 8 de agosto de 2019
21. Presente y futuro. 11 de agosto de 2019

Radiografía sentimental del chavismo

Buena parte de lo que escribí hasta 2013 lo hice en interlocución directa con Chávez. No fue un ejercicio consciente. Fue algo que descubrí conversando con algunas personas de mi círculo más íntimo, haciendo balance de lo escrito durante siete años y definiendo lo que correspondía hacer en adelante, en un momento en que intentábamos asimilar la pérdida física del líder de la revolución bolivariana.

Nunca planeé que fuera de esa manera. Tal interlocución era el correlato personal de una muy fluida relación de Chávez con el chavismo, que se expresaba de múltiples maneras.

No es un secreto para nadie que, en ausencia de Chávez, en el chavismo predominó una profunda sensación de pérdida. Algo similar al duelo, pero no exactamente. Por supuesto que hubiéramos querido tener la oportunidad de llorarlo, pero no pudimos hacerlo. Había que seguir adelante. Y mal que bien lo hicimos.

La pérdida de Chávez no fue la pérdida del Padre. De eso estoy convencido. Más que relación de filiación, entre Chávez y el chavismo se estableció una fuerte relación de alianza. Habíamos perdido un extraordinario aliado.

A partir de 2016 trabajé en dos libros, aún inéditos. Todavía en interlocución con Chávez. En “Chávez lector de Nietzsche” intenté recrear las muy particulares condiciones históricas que hicieron posible el singular diálogo de Chávez consigo mismo durante su enfermedad y convalecencia, en 2011 y 2012, y que muy pronto transformó en un extraordinario ejercicio reflexivo público sobre las falencias de la revolución bolivariana. Luego, en “La política de los comunes”, volví la mirada sobre el Chávez de los 90, la década virtuosa de la política venezolana, intentando reconstruir, en líneas muy generales, los antecedentes históricos inmediatos del chavismo.

En ambos libros, hasta cierto punto en “El chavismo salvaje”, y también en otro libro inacabado, cuyo punto de partida es la particular interpretación que Peter Weiss hacía de “La divina comedia”, de Dante Alighieri, me aproximé a lo que considero hoy día es una tarea impostergable: la elaboración de lo que pudiera llamarse, a falta de mayor precisión, una radiografía sentimental del chavismo.

No creo, como pudiera pensarse, que se trata de un ejercicio inútil o a destiempo, dado que vivimos tiempos muy peligrosos, amenazados, como estamos, por el imperialismo estadounidense, lidiando con los terribles efectos de sus constantes agresiones, obligados como estamos a la más férrea unidad, con todo y las agudas contradicciones que se expresan a lo interno del chavismo.

Al contrario, tanto las agresiones como las contradicciones hacen imprescindibles un examen de lo que somos. De hecho, es bastante probable que un examen de tal naturaleza nos aporte pistas muy valiosas para reconstruir lo destruido y, más importante aún, para perfilar un horizonte estratégico que con frecuencia parece desdibujado.

Sobre lo que somos, y en este punto no tengo otra opción que hablar a título personal, puedo adelantar que soy, antes que todo, chavista. Puede resultar obvio, pero en estos tiempos en que alguna gente prefiere guardar silencio o decidió renegar expresamente de su identidad política, no es una cuestión menor: soy chavista.

Es algo sobre lo que he vuelto a pensar recientemente, a propósito de una fascinante conversación con el historiador Fermín Toro Jiménez, quien manifestaba que, a pesar de toda la grandeza de Chávez, y pese a considerarse un decidido antiimperialista, no se sentía chavista, sino bolivariano. Razones de peso tiene el maestro, a quien no juzgo en lo absoluto.

Con toda franqueza, no sé cuánto puede influir lo generacional en todo esto. Pienso, por ejemplo, en todas las razones que puede esgrimir un joven en sus veinte para no identificarse con el chavismo; es decir, una persona que no tuvo oportunidad de vivir y, por qué no, deslumbrarse con el acontecimiento Chávez, y que se politizó, si fue el caso, en el momento más difícil de la revolución bolivariana.

El punto es que, sin duda alguna, soy chavista. Tal vez, en buena medida, porque vi aparecer al chavismo, aunque no lo comprendiera en su momento, y luego lo vi pelear con una audacia y un amor propio realmente maravillosos; quizá por la misma razón soy capaz de ver cómo sigue luchando, allí donde algunos solo ven desaliento y derrota; finalmente, quizá por eso mismo no puedo decidir hacerme a un lado y sentarme a esperar tiempos mejores.

Más que simple identificación, hay mucho de orgullo de clase popular, además de un saber-hacer la política a la manera chavista, a los que simplemente no deseo renunciar.

Se comprenderá que hacer la radiografía sentimental del chavismo no es un ejercicio de nostalgia. No es mi interés sumarme al coro de quienes afirman que es necesario volver a ser lo que fuimos.

No saldremos del laberinto volviendo, por ejemplo, sobre las célebres tres raíces. Chávez mismo se imaginaba el árbol de las tres raíces “con un tronco, con ramas y un follaje en 360 grados. Ese árbol toma del subsuelo y de más allá de la atmósfera, de los rayos del sol, del infinito casi, para poder crecer y vivir... toma del ambiente, del entorno... desde la luz hasta la sombra, desde el ápice de las raíces, toma” (1).

Saldremos del laberinto tomando de nuestro entorno más inmediato pero también del infinito, de nuestras luces pero también de nuestras sombras.

Por último, por ahora, es una falacia aquello de que es imprescindible ubicarse por *afuera* del chavismo para tener una mirada global y no parcial, “polarizante”, de nuestra realidad. Antes al contrario, pienso que es posible construir una mirada global desde el chavismo, en permanente relación con ese *afuera*, y también con quienes adversan el proceso de cambios venezolano.

El chavismo emergió precisamente como ese *afuera* popular que irrumpió en el *adentro* cerrado de la política de elites, para hacer revolución. Para vivir bien. Nadie dijo nunca que lo sería eternamente. Pero algo sí es seguro: puede seguir siéndolo.

Referencias

(1) Agustín Blanco Muñoz. Habla el Comandante Hugo Chávez Frías. Cátedra Pío Tamayo, CEHA/IIES/FACES/UCV. Caracas, Venezuela. 1998. Pág. 75.

Leales pero resignados

En octubre de 2013 escribí algunas líneas sobre un fenómeno que identificaba como uno de los principales peligros, si no el mayor, que enfrentaba la revolución bolivariana en la etapa que se abría luego de la desaparición física de Hugo Chávez: la lealtad resignada (1).

Seis meses después de haberme incorporado al primer gabinete del presidente Nicolás Maduro, asumiendo la responsabilidad de Comunas y Movimientos Sociales, resultaba evidente el micro-clima predominante en muchos espacios de decisión, y consideré mi obligación dar cuenta de ello públicamente, con el propósito de alertar sobre sus eventuales efectos políticos.

Advertía entonces que la lealtad resignada era lo propio de algunos personajes que no perdían oportunidad para declarar que bajo ninguna circunstancia serían capaces de traicionar el legado del comandante Chávez, expresión muy en boga ya para entonces, y para comprometerse a luchar hasta el final, con el problemático añadido, no manifiesto de manera expresa, de que el final era inminente o, en el peor de los casos, ya había tenido lugar.

El mensaje implícito de los leales pero resignados era que sin el liderazgo de Chávez sería imposible avanzar por la vía revolucionaria, lo que, visto en retrospectiva, en algunos casos ni siquiera era valorado de manera negativa, sino como una oportunidad irrepetible.

El correlato político de la lealtad resignada es el más burdo pragmatismo político. Instalado el pragmatismo como signo de la política, el objetivo pasa a ser permanecer, renunciando a la posibilidad de avanzar. Para el pragmático se trata de aferrarse a lo existente. Su propósito en la vida deja de ser modificar el estado de cosas y actúa para preservarlo. En tal sentido, el pragmatismo es en esencia conservador.

Si con Chávez en vida el pragmático nos hablaba de socialismo, obligado por un entorno que seguramente juzgaría opresivo, por aquellos días se sentía a sus anchas, liberado, y se daba el lujo de poner en entredicho la viabilidad del horizonte socialista de esta revolución. Negado el horizonte, se produce automáticamente la clausura estratégica. La política queda reducida a la táctica permanente para superar, a duras penas, coyuntura tras coyuntura.

La lealtad resignada de una parte de la clase dirigente chavista no solo contrastaba, que todavía sería una manera muy elegante de plantearlo, sino que chocaba de frente con el estado de ánimo de la mayoría de la base social del chavismo.

Había, eso sí, mucha tristeza en parte del pueblo, lo cual advirtió oportunamente el Presidente Maduro, quien de hecho reflexionó en reiteradas oportunidades de manera pública sobre el asunto. Había también, y esto lo percibí una y otra vez en la calle, en interlocución directa con la gente, muchas dudas, casi siempre fundadas, respecto de nuestra capacidad para calzar los zapatos de Chávez, para seguir haciendo un ejercicio de la política genuinamente chavista. Me parece que las intensas jornadas de gobierno de calle durante aquel 2013 contribuyeron significativamente, al menos durante un tiempo, a despejar parte importante de estas dudas.

Entonces, como ahora, el pueblo chavista sentía una profunda inconformidad con el estado de cosas y luchaba para cambiarlo. Lo seguía animando un espíritu fundamentalmente revolucionario: deseaba cambiar todo lo que tenía que ser cambiado. Lo seguía animando, para decirlo con Gramsci, un indoblegable “espíritu de escisión” (2).

La referencia a Gramsci no es fortuita. En abril de 2013, en oportunidad de instruirme sobre los objetivos a cumplir por el equipo que me acompañaba en Comunas y Movimientos Sociales, el Presidente Maduro ordenó trabajar para conjurar toda posibilidad de fractura hegemónica democrática y popular. El riesgo era claro, tanto como lo que nos correspondía hacer para enfrentarlo. Seis meses después, era igualmente claro que parte de la clase política chavista no compartía el mismo espíritu.

Esta ausencia de “espíritu de escisión” la vimos expresada muchas veces en quien estaría llamado a forjarlo: el nuevo Príncipe, es decir, el partido. Escribía Gramsci: “El moderno Príncipe debe y no puede dejar de ser el pregonero y organizador de una reforma intelectual y moral, lo que además significa crear el terreno para un ulterior desarrollo de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna”.

Es ampliamente conocido el razonamiento de Gramsci respecto de la importancia de los intelectuales: el pueblo “siente”, pero no siempre “comprende” y “sabe”, y al contrario, los intelectuales “saben”, pero no siempre “comprenden” y “sienten” las aspiraciones populares. El papel del moderno Príncipe, en tanto intelectual colectivo, sería garantizar esa conexión: “no se hace política-historia sin esa pasión, o sea, sin esa conexión sentimental entre intelectuales y ‘pueblo-nación’. En ausencia de tal nexo las relaciones del intelectual con el pueblo nación son o se reducen a relaciones de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio”.

En el caso venezolano, esta notable ausencia de “espíritu de escisión” en parte de la clase política chavista, tanto en funciones de Gobierno como en distintos niveles de la dirección del partido, y que se afianzaría a partir de 2016, luego de la derrota en elecciones parlamentarias, se tradujo en una situación muy singular: de un lado un pueblo hecho voluntad colectiva nacional popular que siente, comprende y sabe, y del otro una dirigencia leal pero resignada, con una extraordinaria dificultad para saber, comprender y sentir las aspiraciones del pueblo venezolano, y convertida por tanto en algo muy similar a una Iglesia con muy pocos “fieles”.

Las manifiestas reservas expresadas por parte de la dirigencia respecto de las capacidades populares, su interpretación acomodaticia de lo que sería el socialismo, cuando no su renuncia expresa al horizonte de transformación anticapitalista; su apuesta por establecer alianzas con el capital, haciendo a un lado al pueblo organizado; la inclinación por salidas privatizadoras, entre otros fenómenos, vendrían a ser el corolario de esa desconexión sentimental que ya se anunciaba en 2013.

Por eso no basta con proclamar a los cuatro vientos aquello de “leales siempre, traidores nunca”, puesto que, si no se puede ser leal con aquella conexión sentimental fundante de la

política revolucionaria, ¿para qué sirve la lealtad? ¿A qué intereses responde la lealtad resignada?

Recomponer la voluntad colectiva nacional popular pasa necesariamente por una profunda reforma intelectual y moral de la dirigencia política, por la restitución plena de esta conexión sentimental, de esa pasión, para que sigamos haciendo historia.

Referencias

(1) Reinaldo Iturriza López. Contra la lealtad resignada. 12 de octubre de 2013.

<https://elotrosaberypoder.wordpress.com/2013/10/12/contra-la-lealtad-resignada/>

(2) Jaime Pastor. Apuntes sobre el pensamiento político-estratégico de A. Gramsci. Viento Sur, 27 de abril de 2017.

A continuación, todas las referencias a Gramsci están tomadas de este extraordinario ensayo.

<https://vientosur.info/spip.php?article12514>

La inmensa fatiga

El carácter es para el hombre su destino
Heráclito

Cuando se decide dedicar la vida a la titánica misión de la liberación nacional, de la revolución social, de la emancipación de la especie humana, se debe aprender a lidiar con los triunfos y los fracasos. Con los triunfos para evitar el riesgo de envanecerse y, eventualmente, acomodarse a las nuevas circunstancias, arriando las banderas. Con los fracasos, que serán muchos, para reunir las fuerzas suficientes para seguir luchando.

Debe entenderse que una tarea de tal naturaleza implicará ir casi siempre a contracorriente o, como diría Walter Benjamin, a contrapelo de la historia, teniendo que lidiar con un sentido común hecho a la medida del orden de cosas que se pretende cambiar radicalmente. Supone, además, estar dispuesto a asumir las consecuencias que se derivan de enfrentar poderes criminales, movidos fundamentalmente por el afán de lucro, y que están dispuestos a todo con tal de no retroceder un milímetro.

Retroceden, por supuesto, en esos momentos luminosos de la historia en que los pueblos consiguen avanzar a través de la lucha, episodios fulgurantes en que el tiempo parece detenerse, para luego dar un salto de décadas o de siglos en cuestión de días o años. Pero cuando estos poderes logran recuperar la iniciativa, retomar parte del terreno perdido, incluso ir hacia adelante, atropellando todo a su paso, los pueblos padecen la espesura de tiempos que parecen interminables, laberínticos, sin salida.

Ahora que la revolución bolivariana atraviesa por un difícil y fatigoso momento, es oportuno recordar uno de tantos episodios en que Hugo Chávez estuvo punto de darse por vencido y hacerse a un lado.

En 1996, tanto Chávez como una pequeña parte del Movimiento Bolivariano Revolucionario Doscientos (MBR-200) estaban convencidos de la inviabilidad de la toma del poder por la vía armada, por lo que había que comenzar a considerar la idea de participar en las elecciones presidenciales de 1998.

Tras salir de la cárcel, en 1994, y mientras recorría varias veces el país, relata Chávez, “me dediqué a hacer contactos con nuestros cuadros militares que seguían en la Fuerza Armada. Estaban muy vigilados, y habían sido muy dispersados hacia la frontera. Conversando y analizando con ellos, llegué a la conclusión de que un nuevo movimiento militar no era viable. Carecíamos de verdadera fuerza militar, y el factor sorpresa había desaparecido” (1). En contraste, “yo percibía directamente en la calle, después de haber recorrido pueblos y ciudades, que el impacto del 4-F seguía vivo y que tenía un respaldo sólido en el país” (2).

Chávez narra lo que sucedió la primera vez que planteó la posibilidad de elegir la vía electoral, en una reunión en Cumaná, con la dirección del MBR-200 del estado Sucre: “Cuando llegamos después al sitio de descanso, mis propios escoltas, que andaban con una pistola o un fusil viejo de la época de la guerrilla, vinieron a hablar conmigo, eran como

ocho. Me dijeron: ‘Comandante, lo queremos mucho, pero para elecciones no cuente con nosotros’” (3).

En el estado Zulia ocurrió algo similar: “Recuerdo una noche, en Maracaibo, cuando hice el planteamiento de que íbamos a empezar a discutir el tema... Se pararon, y no recuerdo a nadie que me haya apoyado. Le estoy hablando de los cuadros regionales... A nivel de la dirección nacional había una composición más o menos paritaria de opiniones, pero en la mayoría de las regiones opinaban que eso era traicionar al movimiento y al pueblo” (4).

El cuadro general era realmente desalentador: “Muchos compañeros me acusaban de traicionar el MBR-200, de dejarme llevar por el electoralismo. Afirmaban que el sistema nos iba a tragar... Me sentía como en el banquillo de los acusados. Pasé unos días muy amargos, porque, después de haber creado aquel MBR-200 y de haber ayudado a arraigarlo por todo el país, el movimiento se fue radicalizando hacia la no-participación en elecciones. Surgieron voces de mucho prestigio apuntalando aquello. Esa corriente fue tomando fuerza, repetían que ir a elecciones era traicionar al pueblo, hundir el movimiento y defraudar las esperanzas de la gente” (5).

Luego de reunirse con la dirección del movimiento en el estado Táchira, Chávez sintió que no podía más: “Fuimos a San Cristóbal a otra reunión, y el veredicto fue peor para mí. Estaba cansado, golpeado duro, desalentado. Me dije: ‘Bueno, si es así, me retiro’ [...] Recuerdo que al finalizar esa reunión en San Cristóbal, ya muy de noche, hablé con dos compañeros, fundadores del movimiento [...] Les pedí: ‘Por favor, llévenme a la finca de mi padre’. Barinas queda como a tres horas. Aceptaron. Me acosté en el carro, tenía sueño, estaba cansado, cansado del alma. Me preguntaba: ‘¿Qué hemos creado? ¿Qué quiere esta gente? ¿Otro levantamiento militar? ¿Con qué? ¿Para qué?’. Ninguna posibilidad de éxito. ¡Y yo no era capaz de convencerlos! [...] Estaba sobre todo cansado. Sentía una inmensa fatiga. Necesitaba una cura de soledad... Pasé como una semana allí meditando, paseando a orillas del río... Me quedé solo. Como Jesús en el desierto. No acepté que fuera más nadie” (6).

Allí, en aquel remoto paraje, “en aquella semana de soledad y de meditación llegué a la conclusión de que mi análisis era correcto. Una voz interior me decía de cumplir con mi deber y asumir esa misión. Me convencí de que debía liderar el país si quería cambiarlo. Y mi primera tarea consistía en persuadir a mis compañeros. Volví a la batalla. No soy de los que se rinden ante la primera dificultad [...] Decía Heráclito: ‘El carácter es para el hombre su destino’” (7).

Acto seguido, relata Chávez, “convoqué a un congreso nacional del MBR-200 para debatir durante varios días. Fueron debates duros. Les recordé que, a veces, si no se quiere que la política sea peor de lo que es, se tiene que actuar. Y eso, en algunos casos, implica – como decía Max Weber – vender el alma al diablo. La política no siempre es para los puros. Es humana en el sentido más terrible de la palabra. Los únicos que creen que la perfección es posible en política, son los fanáticos. Al final, se tomó la decisión de hacer una gran consulta. Algunos [...] no la aceptaron y se fueron. Pero bueno, lo que nos importaba, más allá de los sentimientos de los cuadros, era la opinión del pueblo [...] Y al fin, en Valencia,

el 19 de abril de 1997, se tomaron dos decisiones: primero, crear un instrumento político electoral; y segundo, lanzar mi precandidatura” (8).

La pregunta dista mucho de carecer de sentido: ¿qué hubiera ocurrido si Chávez no era capaz de sobreponerse a la inmensa fatiga, si optaba definitivamente por renunciar?

Hoy día resulta relativamente sencillo hacer balance histórico, y trazar la línea de continuidad entre la revolución teórica que protagonizaron los bolivarianos, con Chávez a la cabeza, cuando descubrieron la idea-fuerza de democracia participativa protagónica, a comienzo de los 90; la irrupción del chavismo como sujeto político, una vez que los militares rebeldes se fundieron en una misma fuerza con las clases populares, sobre todo después de 1994; la victoria electoral de 1998; las sucesivas victorias populares en los primeros años del siglo XXI; y la desaparición física del comandante en 2013, tras haber liderado una revolución que significó para las mayorías populares el mejor momento de toda su historia. Pero esa trayectoria ha podido verse truncada tan temprano como en 1997, como deja ver el relato del mismo Chávez.

Las derrotas pueden ser también combustible para las victorias por venir. Ellas pueden arrastrarnos incluso a la soledad. Forjar el carácter consiste, entre otras cosas, en descubrir que, incluso en las peores circunstancias, cuando se lucha por la causa de los pueblos, no estamos realmente solos.

Referencias

- (1) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Vadell Hermanos Editores. Caracas, Venezuela. Pág. 684.
- (2) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Pág. 685.
- (3) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Pág. 687.
- (4) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Pág. 686.
- (5) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Pág. 687.
- (6) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Págs. 687-688.
- (7) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Pág. 688.
- (8) Ignacio Ramonet. Hugo Chávez. Mi primera vida. Pág. 690.

Despolitizados, bobos

... y esta tierra será libre y esta patria será grande... digna para ellos y para los que vengan después de ellos... no será la patria boba...

Hugo Chávez, 12 de junio de 2004

... ya no somos la patria boba, somos patria caribe... ya no la patria boba aquella que la manejaban como les daba la gana... pueblo caribe es que somos...

Hugo Chávez, 19 de noviembre de 2010

... porque ellos creen este pueblo es pendejo... No, ya este pueblo no es el pueblo pendejo de antes, ésta no es la patria boba de antes, esta patria despertó, y ese es uno de los más grandes cambios que ha ocurrido aquí en estos... trece años, cambio cultural...

Hugo Chávez, 14 de septiembre de 2012

No deja de sorprenderme la pasmosa ligereza con la que se habla sobre la supuesta despolitización de la sociedad venezolana, fenómeno que además, según algunos, iría en aumento. Con una frecuencia que mueve a sospecha, opiniones de este tipo suelen estar asociadas a la idea de que para aproximarse a la Venezuela “real” hay que prescindir de la versión de los hechos que ofrecen chavismo y antichavismo.

Lo anterior es problemático al menos por dos razones: por un lado, supone un profundo desconocimiento del cambio cultural que se produjo en el país a partir de la emergencia del chavismo, durante la década de los 90, y que caló todavía más hondo durante la primera década del presente siglo; por otro lado, implica un desconocimiento igualmente profundo respecto de la variedad de matices presentes en el amplio espectro político venezolano.

En consecuencia, lo que pretende colarse como una mirada desde un ángulo distinto, que “descubre” al público lo que nadie más es capaz de ver, no pasa de ser una versión en extremo simplista, casi siempre interesada, de la realidad.

Tal impostura es de vieja data. Por ejemplo, desde los primeros años de la revolución bolivariana estuvo muy en boga el discurso contra la “polarización”, principalmente en boca de académicos de formación liberal de la más tradicional, para quienes el conflicto, lejos de ser el motor de la política, es aquello que la política debe canalizar, neutralizar, postergar. Entonces, como ahora, el chavismo era valorado como un hecho monstruoso, no la resultante de un conflicto histórico, sino más bien como un sujeto pre-político casi, muy pernicioso, que más que atizar el conflicto abusaba de él, entorpeciendo el “normal” funcionamiento del sistema democrático.

Con origen en cierto antichavismo, en adelante tal discurso fue hecho suyo, casi invariablemente, por quienes, por una razón u otra, decidieron deslindarse del chavismo o fueron mantenidos al margen.

El oficialismo, concepto que resume los usos y costumbres de las líneas de fuerza más conservadoras del chavismo, nunca fue muy hábil en el tratamiento de las diferencias a lo interno del movimiento. Mientras Venezuela estaba sacudida, como lo sigue estando, por el conflicto histórico entre dos gigantescos polos de fuerza, el oficialismo procuraba a toda costa evitar los rigores del conflicto interno, exigiendo disciplina aquí y allá, desoyendo la crítica popular. En cambio, se sentía cómodo polemizando con lo más impresentable de la clase política antichavista.

En definitiva, en medio de aquel conflicto, el oficialismo se conformó siempre con un remedo de la polarización, puesto que lo suyo es limitarse a librar, única y exclusivamente, las peleas que puede ganar: la política boba. Y si llega a la conclusión de que la pelea con los dueños del capital es muy cuesta arriba, pues muy sencillo: busca establecer acuerdos.

El problema del oficialismo es hacer política boba en una patria que ya no es boba, sino caribe, y teniendo que lidiar con un pueblo que ya no es pendejo.

Incapaz de traducir el legítimo malestar popular, el hartazgo popular respecto de la política boba, el oficialismo apela, entre otros, al recurso manido del pueblo despolitizado (ingrato, indisciplinado, etc.), y mucho más ahora, en tiempos de repliegue popular de la política. Y a la inversa: cada manifestación de solidaridad, de perseverancia a toda prueba, cada demostración de capacidad de resistencia, cada acto de nobleza popular, es interpretado como puro y simple respaldo a secas.

Más allá del oficialismo, el problema es cuando se intenta comprender Venezuela ignorando las raíces históricas profundas de la polarización y, lo que es peor, la existencia de este remedo de polarización, de esta política boba, que es rechazada por el grueso de la base social del chavismo, y en general por la sociedad venezolana.

Despachar todo lo anterior es la vía más expedita para no comprender en lo absoluto lo que sienten y piensan las mayorías populares.

Así se llega a conclusiones tan absurdas como que cualquier manifestación de apoyo a la revolución bolivariana o de firme rechazo a las agresiones imperialistas, son expresiones de respaldo acrítico a la gestión de gobierno. Y al contrario: que el repliegue popular de la política o las severas críticas a la gestión de gobierno o al liderazgo chavista significan acuerdo tácito con la clase política antichavista.

Es un grave equívoco interpretar esta profunda disconformidad con la política boba como despolitización. Incluso en el acto de desafiliación política (aquellos que ya no se reconocen en la identidad política y eventualmente expresan su rechazo a la política) está presente una manifestación de voluntad política.

Si realmente se desea entender lo que siente el pueblo chavista, habrá de tomarse en cuenta que ni es bobo, ni está despolitizado.

La tragedia humana

“Como siempre, está la masa del pueblo y yo me echo encima de la masa, me abrazo con ella, sudo con ella, lloro con ella y me consigo. Porque allí está el drama, allí está el dolor, y yo quiero sentir ese dolor, porque solo ese dolor, unido con el amor que uno siente, nos dará fuerzas para luchar mil años si hubiera que luchar contra la corrupción, contra la ineficacia, y por el bien de un pueblo que es un pueblo noble, digno, valiente, como el pueblo venezolano. No hay que buscar mucho para conseguir la tragedia” (1).

Tales palabras, a medio camino entre la revelación y la declaración de principios, definen lo que era Hugo Chávez.

Esa actitud frente al drama, el dolor popular, nos habla del material del que estaba hecho el hombre, pero también permite ir comprendiendo la forma genuinamente chavista de hacer política.

No se trata de ir al encuentro de la tragedia humana para sumirse en la tristeza infinita y trashumar como lo haría un apóstol de la miseria, dejándose consumir por el resentimiento.

Al contrario, aquella búsqueda, aquel llanto colectivo, solo tenían sentido si se trataba de conseguirse consigo mismo, de encontrar las fuerzas para seguir luchando.

Un abismo separa esta actitud de Chávez con lo que suele hacer lo que pudiera llamarse el periodismo *exploitation*, muy en boga en años recientes.

El periodismo *exploitation* es el correlato periodístico de la “humanitarización” de la política, fenómeno que se afianza alrededor de 2015, cuando la vocería política antichavista hace suyo el discurso de la “crisis humanitaria”, que vendría a justificar no solo la “ayuda humanitaria”, sino sobre todo la “intervención humanitaria”.

Millones de seres humanos que nunca importaron a las elites, los prescindibles, los invisibles históricos, aparecen en el periodismo *exploitation* como el sujeto de la narración, súbitamente, siempre en el papel de víctimas “deshumanizadas” de un régimen, por supuesto, inhumano, tiránico, cruel.

Las víctimas “deshumanizadas” del periodismo *exploitation* tienen mucho de los infames de Foucault: “Al no haber sido nadie en la historia, al no haber intervenido en los acontecimientos o no haber desempeñado ningún papel apreciable en la vida de las personas importantes, al no haber dejado ningún indicio que pueda conducir hasta ellos, únicamente tienen y tendrán existencia al abrigo precario de esas palabras” (2). El ojo que se posa sobre ellas es el ojo humanitario, que vendría a devolverles a las víctimas algo de su humanidad robada.

Ya se trate de migrantes o “refugiados”, de seres ruinosos que se alimentan de la basura o mueren de mengua en los hospitales, de víctimas de la violencia criminal, de la represión gubernamental, de las torturas en las mazmorras del régimen, siempre son sujetos dignos de lástima.

No por casualidad en el mismo período se han multiplicado las campañas de caridad, dirigidas a socorrer a las víctimas de un Estado ausente. Ninguna campaña contra las brutales sanciones imperiales, contra los oligopolios de los alimentos o contra las clínicas privadas, cuyos propietarios financian muchas de estas iniciativas caritativas.

La “humanitarización” de la política se traduce en una política lastimera, que solo puede prevalecer y alcanzar sus objetivos si suscita una subjetividad igualmente lastimera, lo que ha logrado parcialmente: gente que dentro y fuera del país va dando lástima, en algunos casos declarándose perseguida o simplemente víctima, por una u otra razón, y que narra con lujo de detalles el infierno venezolano, no tanto para apelar a la solidaridad del interlocutor, sino para mendigar auxilio.

Ahora bien, la tragedia es real. Y como lo decía Chávez, no hay que buscar mucho para conseguirla.

Política que no es capaz de empatizar con la tragedia popular, podrá ser cualquier otra cosa, incluso política lastimera, pero no política chavista.

A quienes tenemos la oportunidad y en algunos casos incluso el privilegio de intervenir en el espacio público, nos corresponde abrazarnos con ese dolor que es nuestro dolor, y luchar también contra la corrupción, la ineficacia, contra las desviaciones, las omisiones, lo mal hecho.

Es preciso contar la historia del pueblo que se sobrepone al sufrimiento y lucha, con esa infinita alegría que nos define, pero igualmente la del pueblo abatido, frustrado, desorientado, no para solazarnos en el abatimiento, sino precisamente para insuflar ánimos, para hacerle saber que vale, que su dignidad nos hace más humanos, para orientarlo, lo que muchas veces sirve, además, para reorientarnos. En suma, para acompañarlo, que es también una forma de conjurar nuestra propia soledad.

Acompañar al pueblo abatido no significa mostrarnos débiles, sino hacernos más fuertes.

“Yo veo aquel cuadro dantesco y otro niño más atrás, también en brazos de la madre, y la cara desfigurada por aquí. La quijada por un ladito ahí y la desfigurada cabeza. Creo que un caballo le dio una patada y le fracturó la quijada, se la abrió en dos. Se le curó sola, porque la madre no consiguió quién lo atendiera. Entonces está deforme el niño, tiene como dos quijadas. Eso está pasando aquí delante de alcaldes, de gobernadores, de presidentes, de médicos, de todos” (3).

Y eso no puede seguir pasando.

Referencias

(1) Orlando Oramas León y Jorge Legañoa Alonso. Cuentos del arañoero. Vadell Hermanos Editores. Caracas, Venezuela. 2013. Págs. 173-174.

- (2) Michel Foucault. La vida de los hombres infames, en: Estrategias de poder. Obras esenciales, volumen II. Paidós. Barcelona, España. 1999. Págs. 394-395.
- (3) Orlando Oramas León y Jorge Legañoa Alonso. Cuentos del arañero. Pág. 174.

Conversos

Creo no equivocarme si afirmo que el chavismo es un sujeto más bien silente. Habrá sus excepciones, como es natural, pero me parece que lo distingue un cierto autocontrol, una cierta cautela que le permite salir airoso en las situaciones más comprometidas, escurrirse, caer de pie, preservar la integridad no solo física, sino espiritual. Rara vez se le verá vociferante en una oficina pública, en el abasto, en el quiosco de la esquina, en la cola del banco, en el ascensor, durante una celebración familiar, en una reunión de amigos.

Reconozco que lo de silente puede prestarse a interpretaciones erradas: no es que prefiera callar frente a la injusticia o permanecer impávido frente a la ofensa. Mucho menos se trata de que no tenga nada que decir o que sienta vergüenza por lo que es, siente y piensa. Llegado el momento, habla, fuerte y claro, y si es el caso, actúa.

Habitado a lidiar con la adversidad, a ser ninguneado, ignorado, invisible, no le costó mucho trabajo adaptarse a un ambiente político hostil.

Si hubiera que emplear una expresión que remite a la forma como suelen resolverse muchos problemas en la escuela y en el liceo, el chavismo tiene mucho de esperar en la bajadita histórica.

No es que les rehúya a los problemas, es que está tan acostumbrado a ellos que ha aprendido a distinguir el momento oportuno o a encontrar la forma adecuada, más justa, más inteligente, de resolverlos.

En su ambiente, en el barrio, pongamos, o en el campo, sabiéndose mayoría, o simplemente libre de peligro, puede entablar largas discusiones con sus adversarios, siempre salpicadas de humor, ya se trate del más divino o del más profano, con preferencia por este último.

En circunstancias de extrema hostilidad, cuando hallándose en clara desventaja presente que la agresión es inminente, siente miedo, como cualquiera, y puede simular ser lo que no es, intentar pasar desapercibido. Pero puede ocurrirle lo que a Orlando Figueroa, quien sabiéndose perdido, condenado a muerte, optó por aceptar su destino: "... respondiera lo que respondiera me iban a matar. Dije que sí. Soy chavista, qué pasa" (1), relató a su madre poco antes de morir. A lo sumo, sus asesinos habrán interpretado aquellas palabras como una confesión cargada de resignación, como una prueba de su culpabilidad, y no como lo que realmente fue: una reafirmación de su dignidad, imposible de asimilar por sus victimarios.

El converso, en cambio, siente una necesidad imperiosa, inaplazable, de vociferar su desencanto. Enfrentado al difícil trance de justificar su vergonzosa claudicación, se declara avergonzado por su pasado, y no pierde oportunidad para declarar lo traicionado, lo engañado que se siente. Alguien, alguna vez, abusó de su confianza o se aprovechó de su ingenuidad o se burló de sus sueños, y ya no está dispuesto a permitirlo, dice.

Pero si quien traicionó, engañó, abusó, se aprovechó o se burló merece todas las ofensas, nadie le parece más despreciable que quien sigue fiel a sus principios, a sus convicciones, y sigue luchando. Los acusa de mediocres, justificadores, engegucidos, privilegiados, cómplices.

La actitud vociferante de los conversos persigue un propósito adicional: ser aceptado por el medio que antes los hostilizaba, por considerarlos extraños, monstruosos, incivilizados, ignorantes, locos. Renegar a viva voz es una manera de demostrar que se ha rectificado, que se ha corregido el rumbo, que se ha entrado en razón. Penosamente, esto no siempre funciona: quien ha hecho de la hostilidad una forma de hacer política no cesará de exigir una y otra declaración de nueva fe. Para los conversos, el pasado es una condena, es como una maldición que les persigue, obligándolos a vociferar las peores cosas, más alto y más fuerte, entrando en un círculo vicioso que parece no tener fin.

No es casual la multiplicación de conversos en tiempos recientes. “La doctrina de shock” (2), de Naomi Klein, abunda en detalles sobre los efectos que producen las medidas de *shock* económicas, políticas o sociales, características de lo que llama el “capitalismo del desastre”. Klein pone al descubierto el siniestro parentesco entre los métodos de tortura empleados por el gobierno estadounidense y estas medidas de *shock*. El objetivo es hacer tabla rasa, bien en el cuerpo y la mente de los torturados, bien en las sociedades, para crear una nueva personalidad o para hacer aceptables, deseables incluso, las formas más brutales e inhumanas de capitalismo.

Por supuesto, no hay nada de poder creador en la tortura, sino puro poder destructivo. Una destrucción que, eventualmente, hace renegar al torturado de su personalidad. En el caso de las sociedades, la tortura económica, política y social tiene como uno de sus objetivos destruir la memoria histórica, para suscitar conjuntos humanos desorientados, aterrorizados, sumisos.

A propósito de las agresiones del gobierno estadounidense contra la sociedad venezolana, Alfred-Maurice de Zayas afirmaba: “Las sanciones y los bloqueos económicos de nuestros días pueden compararse con los asedios de las ciudades en la Edad Media con la intención de obligarlas a rendirse. Las sanciones del siglo XXI intentan que caigan de rodillas no solo una ciudad sino países soberanos (3). Más recientemente, manifestaba Idriss Jazairy: “Es difícil imaginar cómo es que las medidas que tendrán el efecto de destruir la economía de Venezuela e impedir que los venezolanos envíen dinero a casa puedan decirse que están dirigidas a ayudar al pueblo venezolano” (4).

Con las sanciones, Venezuela está siendo literalmente sometida a tortura, entre otras razones para que, agobiado por circunstancias extremas, el pueblo venezolano reniegue de su identidad política. Tal cosa no ha ocurrido.

A los conversos por simple inconsecuencia política vienen a sumarse los conversos como consecuencia del inhumano asedio contra la población. Pero la identidad política chavista se mantiene en pie.

Hay que saber distinguir entre este fenómeno de la conversión y el malestar popular, la desafiliación política, incluso. La dificultad es comprensible: los vociferantes hacen mucho ruido. Pero hay que aprender a escuchar el rumor popular subterráneo, cuasi silente, que nos habla de los errores y miserias de funcionarios y dirigentes, pero también de sus aciertos, de Chávez, de su voluntad de no renunciar definitivamente a todo lo construido durante la revolución bolivariana.

Puede que decida replegarse, mantenerse al margen; puede incluso que encuentre razones para ya no sentirse identificado con el chavismo. Pero eso es una cosa, y otra muy distinta es suicidarse políticamente.

Referencias

(1) Jairo Vargas. "A mi hijo lo quemaron vivo por ser chavista". Público, 16 de mayo de 2019.

https://www.publico.es/internacional/venezuela-mi-hijo-quemaron-vivo-chavista.html?utm_source=twitter&utm_medium=social&utm_campaign=web

(2) Naomi Klein. La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre. Paidós Ibérica. 2007.

(3) Naciones Unidas. Informe del Experto Independiente sobre la promoción de un orden internacional democrático y equitativo acerca de su misión a la República Bolivariana de Venezuela y al Ecuador. Septiembre de 2018.

<https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/G18/239/34/PDF/G1823934.pdf?OpenElement>

(4) Naciones Unidas. Oficina del Alto Comisionado. US sanctions violate human rights and international code of conduct, UN expert says. 6 de mayo de 2019.

<https://www.ohchr.org/SP/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=24566&LangID=E>

Irreductibles

“Es más allá de la izquierda donde está la solución, donde están las fuerzas movilizables para romper el aterrador futuro de un país que tiene cinco lustros marcados con nombre y apellido” (1). Eso decía Alfredo Maneiro en 1980, muy importante referente histórico de la izquierda venezolana, y con quien Chávez tuvo oportunidad de dialogar varias veces hacia finales de los 70, cuando iniciaba apenas su carrera militar.

La solución comenzaría a fraguarse la década siguiente, con la irrupción histórica del chavismo, un sujeto político que, con Chávez a la cabeza, logró constituirse en una poderosa voluntad colectiva nacional y popular, trascendiendo, por mucho, el espacio de la militancia política de izquierda, si bien ésta tuvo desde el principio un notable protagonismo, asumiendo la dirección en distintos niveles del movimiento.

Sería un absoluto despropósito negar el decisivo influjo de la izquierda militante en el chavismo. Pero habría que reconocer igualmente que mucho de la audacia de este último tiene relación directa con el muy particular proceso de politización que experimentó, y que le permitió incorporarse a la lucha política sin cargar con las rémoras de la vieja cultura política de izquierda, con sus visos de autoritarismo, dogmatismo, sectarismo y cortedad de miras estratégica, haciéndose de un arsenal de ideas-fuerza que poco o nada tenía que ver con las estrecheces propias de las lecturas de manual, y sí mucho con los problemas del país real, y con figuras históricas que, revisitadas por el chavismo, adquirirían una actualidad y una centralidad casi sin precedentes.

De la mano de Bolívar, Rodríguez y Zamora, sin negar otros referentes históricos, políticos y teóricos, y dibujando como horizonte la democracia participativa y protagónica, el chavismo se dispuso a la conquista del poder político, no sin antes conquistar el alma de las mayorías populares, ahora movilizadas para derrotar a quienes identificaba como los responsables de la tragedia nacional, y para conjurar definitivamente el aterrador futuro del que hablaba Maneiro.

El chavismo siempre se ubicó más allá de la izquierda, y si en algún momento se planteó la construcción de algo llamado el socialismo del siglo XXI, no fue porque decidiera retroceder, sino porque consideró que las condiciones históricas estaban dadas para plantearse una reinención de la izquierda revolucionaria, saldando cuentas con las experiencias de lo que Daniel Bensaïd llamó los socialismos realmente inexistentes.

Si hoy es necesario hacer un balance de aquella apuesta por la reinención, el punto de partida tendría que ser dar cuenta de aquella singular relación entre la izquierda y el chavismo. Elegido, por la razón que fuere, un punto de partida distinto, cualquier balance tendría que pasar necesariamente por allí.

Marcar distancia del chavismo desde posiciones de izquierda es un atajo que no conduce a ninguna parte, aunque también puede conducirnos a una situación muy similar a la que refería Maneiro: orgullosos de nuestra filiación política de izquierda, pero lejos, muy lejos de la solución a nuestros problemas.

Chávez se refirió en varias oportunidades a una frase que le escuchó decir alguna vez a unos viejos militantes de izquierda: “Pocos, pero irreductibles”. Las circunstancias son más o menos como siguen: los viejos militantes tenían la misión de hacer trabajo de masas para ampliar la base social del movimiento. Al cabo de un tiempo les tocó rendir cuentas: relataron los numerosos obstáculos que se encontraron a su paso, tal vez la desconfianza de la gente, su identificación con los viejos partidos del orden, sus vicios, sus limitaciones. No tanto con resignación, sino más bien como consuelo y con un orgullo imposible de disimular, concluyeron su reporte con aquella sentencia: “Somos pocos, pero irreductibles”.

El problema, por supuesto, es que las revoluciones no se hacen con un puñado de irreductibles. “No, no podemos ser pocos, tenemos que ser muchos” (2), decía Chávez en otra oportunidad. Y para lograrlo, es preciso asimilar que el militante no es el principio y el final de la política revolucionaria: “Es decir, ¿tú y yo y cinco iluminados de la moral nueva vamos a prefigurarnos esa moral y a tenerla clara antes de ir a un proceso de organización del pueblo, o vamos a conseguir esa nueva moral allá abajo en el pueblo? [...] ¿No será más bien que la revolución tuya dependerá de la revolución del colectivo? ¿No será más bien una consecuencia y no una causa? [...] Yo creo más bien, y cuando salí de la cárcel dije: voy a las catacumbas del pueblo. Porque no se trata de la moral de Hugo Chávez [...] Yo voy allá abajo, me va a caer el excremento, me van a revolotear las moscas, me va a picar una serpiente, sí, pero yo prefiero eso a tener mi moral incólume en la montaña, hablando con el sol y con la roca [...] Es que hasta la definición de esa moral depende de la liga de excremento y sangre, purezas e impurezas de un colectivo que está allá abajo” (3).

Ahora que la revolución bolivariana atraviesa por un difícil trance histórico, y que comienza a debilitarse la identificación de las clases populares con el chavismo, muchos de nosotros optamos por reaccionar como aquellos viejos y respetables camaradas, de los que nadie podrá decir nunca que claudicaron, y consideramos que la opción más digna es reafirmarnos en nuestra irreductibilidad.

No hay problema, quedaremos unos pocos, pero irreductibles; cuántos son ustedes, cuando ustedes quieran, nosotros queremos.

Incluso, desde nuestra irreductibilidad señalamos a quienes pretenden cuestionar a la revolución bolivariana desde posiciones de izquierda, y les acusamos de no comprender el alma popular, lo que, dicho sea de paso, suele tener mucho de cierto. Pero nos resulta muy cuesta arriba reconocer en nuestra irreductibilidad una de las principales características de la vieja cultura política de izquierda: el sectarismo.

Tal vez me equivoque, pero me atrevo a sugerir que hay una irreductibilidad chavista que puede distinguirse de la típica irreductibilidad de militante de izquierda. En mi caso particular, no siempre tengo claro cuándo asumo una u otra actitud. Una delgada línea las separa.

De la primera se me ocurren muchos ejemplos: relatos que rayan en lo increíble de todo lo que hizo mucha gente para poder votar el 30 de julio de 2017, cuando elegimos la Asamblea Nacional Constituyente. La señora que, el 23 de febrero de 2019, en San Antonio del Táchira, con lágrimas en sus ojos, explicaba las razones por las cuales había acudido

hasta el puente Simón Bolívar, para impedir que una fuerza extranjera, alentada y acompañada por el cipayaje, violentara la soberanía nacional, introduciendo a la fuerza la mal llamada “ayuda humanitaria”.

Hay en esos episodios, como en muchísimos otros, una voluntad inquebrantable de seguir siendo libres, de resolver nuestros asuntos entre nosotros mismos, democráticamente, exponiendo la propia vida, voluntad que se expresa en la calle, juntándose con los otros, sin importar el riesgo, o sorteando innumerables peligros para hacer posible, precisamente, el acto de juntarse, para encontrarse, reunirse con los millones que comparten esa misma voluntad.

En cambio, la irreductibilidad de izquierda es cuestión más bien de nichos, autorreferente, de pequeños grupos, un poco paranoica, más cercana a la política conspirativa que al trabajo de calle. Jactanciosa, le cuesta ponerse en los pies del otro, porque claro, solo ella está parada donde corresponde, dice todo lo que puede decirse y calla todo lo que debe callarse. El espíritu de secta le corroe. Le cuesta empatizar con el que siente, piensa y actúa diferente, y mucho más con el que exhibe sus debilidades, sus temores, sus flaquezas.

El asunto es que con tal actitud es imposible ser mayoría. Con toda la razón del mundo, y por más doloroso que pueda resultarnos, las mayorías populares no encuentran a sus referentes políticos y éticos entre nosotros, los irreductibles de izquierda. Al contrario, somos nosotros los que nos encontramos frente a una oportunidad con frecuencia irrepetible cuando un liderazgo revolucionario es capaz de empatizar con las miserias y grandezas populares, y de esa interlocución resulta una fuerza política extraordinaria. Entonces, los irreductibles de izquierda nos incorporamos, gozosos, a la tarea de hacer una revolución que no hubiéramos podido liderar ni en sueños.

Nos falta mucho de la humildad militante con la que el pueblo se hizo chavista. Nos falta disposición para aprender todo lo que el pueblo irreductiblemente chavista todavía puede enseñarnos.

Referencias

(1) Alfredo Maneiro. “Más allá de la izquierda es donde está la solución”, en: Escritos de filosofía y política. Fondo Editorial ALEM. Los Teques, Venezuela. 1997. Pág. 306.

(2) Hugo Chávez. Conversatorio con delegados asistentes al XVI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. 13 de agosto de 2005.

<http://todochavez.gob.ve/todochavez/3199-conversatorio-con-delegados-asistentes-al-xvi-festival-mundial-de-la-juventud-y-los-estudiantes>

(3) Agustín Blanco Muñoz. Habla el Comandante Hugo Chávez Frías. Cátedra Pío Tamayo, CEHA/IIES/FACES/UCV. Caracas, Venezuela. 1998. Págs. 441-442.

El no-lugar de la política

Ponga usted el caso de un joven que ronda los veinte años y está iniciando estudios universitarios. Es inteligente, sensible. No solo cree en su país: le duele en el alma lo que está pasando y, en lugar de marcharse, quiere hacer algo al respecto. Está estudiando para resolver lo material, claro que sí, desea tener un buen trabajo, apoyar a sus padres, enamorarse, ir de fiesta, viajar, formar un hogar, pero eso le resulta insuficiente. Le hierve la sangre cada vez que se comete una injusticia. Quiere hacer la diferencia, sumarse a algún esfuerzo colectivo.

Acto seguido, el joven en cuestión identifica los referentes políticos más cercanos, muy probablemente entre sus compañeros de clase. Le resulta imposible reconocerse en el antichavismo, en sus métodos, en sus prejuicios de clase y raza, en su desprecio por lo popular. Puede que provenga del barrio como puede que no; puede que su familia pertenezca a la clase media popular. Cursó primaria y bachillerato en planteles públicos. Muchos de sus amigos, entre ellos los que considera sus mejores amigos, son de origen humilde, estudiaron con mucho esfuerzo, algunos de ellos incluso tuvieron que trabajar para costearse sus estudios, para ayudar en la casa. La realidad del mundo popular no le resulta ajena, conoce de sus sueños y frustraciones, de sus triunfos y fracasos. Si va a hacer algo, lo hará preferiblemente con gente que pertenece a su mundo. Con ellos, gente sin privilegios, se siente en confianza.

Entonces voltea a ver a sus compañeros chavistas. Por lo general mediocres, indisciplinados, arrogantes, sus intervenciones en clase parecen un panfleto mal elaborado: no aportan una idea nueva, su discurso es trillado, repetitivo, hueco. Las ropas que visten, el teléfono que usan, no se corresponden con su origen de clase. Parece que tuvieran la vida resuelta. Entre la prédica y la práctica cotidiana media un abismo insalvable. Imposible, por tanto, reconocerse en lo que tienen como referentes inmediatos del chavismo.

¿Dónde irá a hacer política el joven en cuestión? Rodeado de intolerantes y elitistas, discurseros y acomodados, pareciera condenado a ocupar un no-lugar de la política, sin que le sea posible establecer alguna relación de interlocución con los dos polos de la política boba, como no sea para expresarles su más rotundo rechazo.

No es puro ejercicio de imaginación: tal cuadro es el resultado del intercambio de historias e impresiones con profesores y estudiantes universitarios. Chavistas todos, o por lo menos no identificados con el antichavismo.

Situaciones similares se repiten Venezuela adentro: en lugares de trabajo, en muchas comunidades, desde las más próximas hasta las más remotas. Grupos humanos o poblaciones enteras a merced de funcionarios o políticos indolentes, pusilánimes, que simulan pelear por un mejor destino para el país, mientras se pelean por copar espacios de poder y oportunidades de negocios.

Hace rato que la política real, la más genuina, no pasa por los espacios controlados por la política boba. El problema es que esta última pretende el monopolio de la política, con

perjuicio para la inmensa mayoría del país, incluyendo, por supuesto, el grueso de la base social tanto del chavismo como, intuyo, del antichavismo.

La política del futuro, aquella que emergerá tras la derrota definitiva de la política boba, se nutrirá, al menos en parte, de lo que sean capaces de hacer quienes hoy ocupan ese no-lugar de la política. Tal es la misión histórica que el destino les ha reservado, por más grandilocuente que pueda parecerles la sentencia. Les corresponde asumir una inaplazable tarea de reinención, reformulando el discurso y la práctica políticas, creando lo nuevo.

Hace tiempo que lo peor del antichavismo intentó picar adelante, conectándose con el malestar popular, no con el propósito de reinventar absolutamente nada, sino de prevalecer. Es uno de los peligros que hay que saber identificar: quienes no tienen otra forma de hacer política sino reproduciendo la lógica de la política boba, intentarán presentarse como una alternativa novedosa, digerible, potable.

Lo peor del antichavismo intentó sacar ventaja cuando inventó aquello del “enchufado”. El vocablo fue introducido por el equipo de Capriles Radonski durante la campaña presidencial de 2013.

Supuestamente dirigido contra los "funcionarios", el vocablo ponía en la mira tanto a las Misiones como a la organización popular en las comunidades, pilares de la revolución bolivariana. Una tristemente célebre pieza televisiva (1) difundida durante la referida campaña dirigía sus ataques, específicamente, contra las Misiones educativas y la Gran Misión Vivienda Venezuela. Las que hablaban eran dos mujeres de barrio. Muy convenientemente, la que empleaba el vocablo era la mujer de franela roja. El que conoce algo de política venezolana sabe que las Misiones serían inconcebibles sin la organización popular.

El metamensaje del equipo de campaña de Capriles Radonski era el siguiente: las Misiones no son más que ocasiones para la trampa, para el aprovechamiento de los más “vivos”, de los que tienen “compadres” que están “enchufados”, de los “amiguitos de siempre”. Por tanto, no vale la pena organizarse. No era, insisto, un mensaje contra los “funcionarios”. Era un mensaje de desaliento, que buscaba suscitar la impotencia política, el cinismo, para que dejáramos de creer en la potencia de la organización popular.

Una campaña tiene eficacia política cuando logra, así sea parcialmente, colonizar el pensamiento, lo que se traduce en el lenguaje que empleamos para nombrar el mundo. Y aquella campaña fue eficaz: hoy día el vocablo es usado frecuentemente por muchos chavistas y, no por casualidad, por muchos de quienes ya no se identifican con el chavismo. ¿Cómo nombrar a aquellos estudiantes chavistas discurseros y acomodados? Pues como “enchufados”. Parece hasta obvio.

El problema con el lenguaje que empleamos es que no solo nos permite nombrar el mundo, sino interpretarlo. Colonizado nuestro pensamiento por el lenguaje empleado por lo más impresentable del antichavismo, solo podemos interpretar el mundo de manera cínica, desde el desaliento, desde la profunda desconfianza en nuestra propia fuerza para transformarlo.

Por definición, el chavismo está mejor preparado para dirigir el necesario ejercicio de reinención política. Tiene su origen histórico en una gigantesca voluntad transformadora, además motorizada fundamentalmente por las clases populares, a la que debe seguir siendo fiel. Pero para ello debe estar dispuesto a dialogar fluidamente con quienes hoy ocupan ese no-lugar de la política. Sin ignorar sus raíces, y todo lo que tiene de grandiosa trayectoria, debe encontrar allí algunas de las pistas que le permitan resolver el misterio de sus miserias, saldando cuentas con la política boba. Hace unos años llamaba a esto mismo “repolarizar” (2).

Tal vez sea ella, la política boba, una de esas pistas. Por eso el empeño en llamarla como corresponde. Para que deje de simular lo que no es, y para que la política sea lo que piensan, sienten y desean las mayorías populares.

Referencias

(1) Pieza televisiva.

(2) Reinaldo Iturriza López. El chavismo salvaje. Págs. 117-147.

Duelo

No hay manera amable de plantear este asunto. Tal vez por eso decidí que lo mejor sería citar de entrada algo que escribió una amiga, Mine Saravia, el 1 de diciembre de 2018.

Mine comenzaba por referirse a la desilusión de tanta gente cercana, no con el Gobierno, sino con la revolución, que a veces se funden en uno solo, pero que son cosas muy distintas. Es un tema difícil, espinoso, porque es imposible no herir susceptibilidades, y atravesamos por un momento en que las pasiones tristes están a flor de piel.

Razones para estar molestos hay muchas. Mine enumeraba varias de ellas, y en este punto era muy enfática: al respecto no hay discusión que valga. Sin duda alguna hay muchas razones para estar molestos. Pero lo que hace la diferencia es la manera como decidimos lidiar con los problemas: “No es que me desilusioné... pero voy a seguir dando la lucha por mi lado, con los míos, en mi barrio... con el pueblo... No. Es que ya no quiero nada con nadie... y ahora no ayudo a nadie, y ahora no creo en nadie”, escribía, sin ocultar su desazón.

Por tal motivo, seguía Mine, “también estoy molesta con mi pueblo”, con esa “gente que decidió vivir literalmente de estafar a los otros”, pero no es capaz de organizarse para “sembrar” o para “formar un consejo comunal”, entre tantas otras cosas que es posible y necesario hacer.

A esa gente, Mine les interpelaba con dureza: “No te aferres a Chávez. Chávez ya se murió. Y quizá sea tiempo de dejarlo ir. Porque... pareciera que nos aferramos a él como ese salvador eterno que nos sacó de lo malo y nos llevó a un lugar mejor, y... ahora que él no está solo podemos, como a Jesucristo, rezarle y esperar lo mejor, mientras en la práctica no hacemos nada. Chávez no fue Jesús. Chávez no es una religión. Chávez es, debe ser, una semilla... Que no sea el salvador al que le pedimos, sino que sea la semilla que nace en nosotros para movernos, para ser mejores, para vivir la revolución día a día en nuestras vidas... Claro que sí se puede. Se puede ser solidario... empezando por ese pequeño país que son nuestros hogares, podemos ser también semilla en nuestros hijos, familiares, amigos”.

Tiene razón Mine: es como si tras la ausencia física del hombre divinizado, muchos de nosotros estuviéramos condenados a actuar como humanos, demasiado humanos, y a darle rienda suelta a lo peor de nosotros mismos. Luego elevamos nuestras plegarias, acaso para quedar libres de pecados momentáneamente, nos lamentamos por la irreparable pérdida del salvador, maldecimos a los falsos ídolos que ya no son capaces de hacer milagros, y de nuevo a sacar ventaja del otro en el infierno de la vida cotidiana, a caminar en círculos, encolerizados y enajenados, como si no tuviéramos libre albedrío.

¿Qué tipo de vida es esa? Una que no es digna de ser vivida. Es cierto, no tenemos más alternativas, solo una: sacudirnos esa idea de que fuerzas tan poderosas que parece que no son de este mundo nos obligan a purgar esa condena.

Chávez, el ser humano de carne y hueso, murió. Y si antes no pudimos vivir nuestro duelo, ha llegado el momento de hacerlo.

Dejarlo ir a Chávez, vivir nuestro duelo, no significa que Chávez deje de estar entre nosotros o que la rebelión popular terminó. Al contrario, significa que la rebelión debe continuar o, en el caso de quienes se sienten perdidos, debe comenzar de nuevo.

Y para comenzar de nuevo es preciso quemar los altares. No se malinterprete: puede que Chávez se haya ganado un lugar en la Corte de los Libertadores. No se trata de ir en contra de la religiosidad popular.

Quemar los altares quiere decir destruir todo lo que pueda separarnos del hombre que vivió y murió por la causa popular. Destruir el lugar imaginario donde reposan las figuras que solo pueden ser adoradas si están arriba, muy arriba, inalcanzables, inaccesibles, o que nos obligan a hincarnos de rodillas.

Quemar los altares significa dejar de creer en el hombre idealizado cuyo ejemplo es imposible de seguir, y creer en los hombres y mujeres del pueblo que sirvieron de ejemplo e hicieron posible a Hugo Chávez. Significa que si nos vamos a poner de rodillas, solo será para arrancar la mala hierba y sembrar la semilla, como escribía Mine, para preñar la tierra.

Porque es en esta tierra donde tendremos que continuar o comenzar de nuevo la rebelión popular, y si para ello es preciso organizarla también en el cielo, pues tendremos que hacerlo.

Algo que he aprendido trabajando la tierra es que la hierba mala no se arranca de una vez, formando con el cuerpo un ángulo de noventa grados en relación con el suelo, tirando hacia arriba, aplicando la pura fuerza bruta. Para arrancarla de raíz hay que halarla de lado, manotearla, administrando la fuerza con inteligencia, haciendo movimientos ondulares, casi a ras de suelo, una y otra vez, hasta que cede.

A estas alturas no estoy seguro de qué celebré más: regar la tierra de semillas, ver el maíz crecer, cosechar o aprender a arrancar la mala hierba. Es completamente falso, dicho sea de paso, aquello de que la hierba mala nunca muere. Porque muere, pero cómo da trabajo.

La mala hierba es una forma de vida que obstaculiza la vida. Como el desaliento. Por eso es que cuando uno se dispone a arrancarla, está lidiando con un asunto de vida o muerte.

Algo similar ocurre con el duelo: la mala hierba es como la vida mala, esa que vivimos cuando no somos capaces de lidiar con la muerte. Si el duelo es esa circunstancia que nos obliga a aceptar nuestra finitud y la de los nuestros, también nos enseña que luego de la muerte la vida continua, como habrá de continuar cuando ya no estemos.

Luego del duelo, ¿qué queda? Sembrar. Aferrarnos a la muy profana certeza: el principio y el final es la rebelión popular.

Café

El 20 de febrero de 2009 cayó de sorpresa Chávez en la casa de Nohemí, por allá en la comunidad de El Cayude, unos diez minutos más allá del pueblo de Tocuato, en la vía que enlaza la ciudad de Coro con Punto Fijo, en el estado Falcón.

Si su humilde casa ya era pequeña, Nohemí no cabía de la emoción, mucho menos cuando Chávez entró acompañado de su equipo. El comandante le preguntó si tenía café y Nohemí corrió a prepararlo. Volvió con el café, Chávez se lo llevó a la boca, y enseguida supo que algo extraño estaba pasando. Le preguntó a Nohemí si ese era realmente el café que le había hecho, y ella asintió, por supuesto, aunque un tanto nerviosa.

Falso. El equipo de seguridad se había escurrido sigilosamente hasta la cocina y, antes de que Nohemí pudiera alcanzarle la taza de café a Chávez, alguno de los muchachos procedió, en cuestión de segundos, a sustituirlo por el café que traía la comitiva, velando celosamente por la seguridad del comandante.

Cuentan los presentes que el regaño de Chávez fue de antología, al punto de que la misma Nohemí intentó interceder por los muchachos, lo que Chávez impidió, amorosa pero firmemente. Con voz atronadora, preguntó a su equipo si podía resultarles siquiera concebible que el café de Nohemí representara un peligro para él.

Acto seguido, se deshizo del café de la comitiva, y bebió, una, dos, varias tazas del café de Nohemí, en actitud desafiante, como si se burlara infinitamente del protocolo que lo separaba de los hombres y las mujeres del pueblo.

El 17 de septiembre de 2013 conocí a Nohemí. Conversé un rato con ella, me mostró la taza en la que el comandante bebió su café, y me contó que la guardaba como su tesoro máspreciado. Nunca asomó siquiera el menor detalle de aquel incidente, como obliga la nobleza popular. En algún momento me susurró al oído que Chávez le prometió volver algún día. No le alcanzó la vida. “No vino él, pero vino usted”, me dijo, y algunas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Por supuesto, tomé del café de Nohemí.

Muy poco tiempo después, el 15 de diciembre del mismo año, registramos la Comuna Socialista Cayude con Aroma de Café, la número 448 del país.

Hace un par de meses murió Nohemí, me contó José Luis.

Hablando de café, no ha pasado un día desde que llegué a este lugar donde ahora escribo en que me haya faltado el café de Víctor.

Uno de estos días me contó lo que había preparado de almuerzo. Lo disfrutó particularmente. Por primera vez en lo que va de año comió carne de res. El mismo día que compró la carne, compró también medio kilo de café.

Nunca falta el café en la casa de Víctor. Y nunca falta el café de Víctor en el escritorio, cuando estoy escribiendo.

Es como un ritual: llego a su casa, nos saludamos, subo las escaleras, me acomodo, comienzo a escribir, y a los minutos sube Víctor con el café recién preparado.

Es una manera de conjurar la soledad, de permanecer juntos: Chávez tomando el café de Nohemí, Nohemí compartiendo su café conmigo, Víctor haciendo lo mismo. Toda la gloria del mundo cabe en una taza de café, por pequeña que ésta sea, pudiera haber dicho Martí, y quizá de allí su sabor cuando es compartido.

“El diablo está en los detalles”, le gustaba repetir a Chávez. El chavismo más genuino está en esos detalles como los de Chávez, Nohemí y Víctor. Por eso me traje dos paquetes de 200 gramos del café que produce la Comuna Comandante Adrián Moncada, para que lo probemos todos.

No te los he pagado, José Luis. Pero no te preocupes, que aquí tengo el dinero.

¿Qué será de la vida de la gente de El Cayude, de su Comuna, del aroma de su café?

Burgueses

No tengo en mente a la burguesía histórica, mediocre, rapaz, probada e indiscutiblemente parasitaria, por más que sus omnipresentes campañas publicitarias quieran convencernos de su pretendida eficiencia, y a través de las cuales han forjado una idea de lo nacional grotescamente caricaturesca, hecha a la medida de sus intereses.

Pienso en la nueva clase de burgueses que ha surgido al amparo de la revolución bolivariana, valiéndose de su estrecha relación con las instituciones, robando los dineros de la República, con frecuencia en connivencia con aquella burguesía histórica, haciéndole guiños a la oligarquía.

No por nueva es menos rapaz: es propio del nuevorrquismo la desenfrenada carrera para escalar y ponerse a la altura de los viejos ricos, acumulando propiedades a un ritmo vertiginoso, imitando un estilo de vida que hasta hace poco no era el suyo, ostentando y derrochando la riqueza mal habida, codeándose con magnates y famosos, rodeándose de *misses*, casi siempre desde alguna metrópolis de Occidente o desde alguna ciudad con pretensiones de serlo.

Acomplejado, inculto, esto último conforme, incluso, al estricto estándar de las elites, el nuevo rico preferirá Panamá, Miami o Madrid, antes que Nueva York, Londres o Berlín. Pero esto no pasa de ser un detalle florido. Tanto como en el caso de la burguesía parasitaria, lo distinguirá la irrevocable decisión de llevarse el grueso de su capital fuera de Venezuela. El país es una mina que hay que saquear. Así ha sido y está convencido de que así será, por lo que no hay ninguna razón de peso para dejar pasar la oportunidad.

No por inculto deja de ser curioso el esquema de pensamiento del nuevo rico. Si se ha leído a Marx, y dado que en Venezuela se insiste en hablar de socialismo, intentará justificar la creación de una nueva burguesía apelando a aquello del necesario desarrollo de las fuerzas productivas. Las tristemente célebres etapas por las que inevitablemente habría que transitar antes de poder hablar con propiedad de la posibilidad de ir más allá del capitalismo.

La extensa, variada y rica problematización respecto de las miserias del etapismo, que puede encontrarse, con un mínimo de voluntad política y honestidad intelectual, en la historiografía revolucionaria, Marx incluido, le resulta completamente ajena o simplemente inconveniente. Desconoce los debates sobre el “eslabón más débil”, por poner un caso, o los despacha como vulgar palabrería.

Desconoce, igualmente, la historia de Rusia y de China, pero el asunto va más allá del puro desconocimiento. No hay que ser un experto para llegar a la conclusión de que la “economía de mercado” no es la alternativa. Un poco de sensatez sería suficiente. No lo es siquiera para China, según alcanzo a comprender, pero más allá de lo que pueda yo saber o ignorar, el punto es que la nueva clase ni siquiera se lo plantea como problema.

Si desconociera a Marx y la historia de Rusia y China, pero al menos intentara comprender la Comuna. Sería pedirle mucho, ciertamente, pero las verdades hay que decirlas aunque parezcan excesos: no hay que conocer tanto de historia y haber leído mucho, que ayuda,

para comprender la importancia decisiva de la Comuna. Basta con conocer algo de historia patria, amar la tierra en que vivimos, guiarse por los principios básicos de la política revolucionaria, manejar los rudimentos de la economía y confiar en la fuerza del pueblo organizado. Nada que no hayamos conocido durante los últimos veinte años.

Si el nuevo rico es incapaz de comprender la Comuna, qué quedará para los ricos de cuna. Pero esos son monstruos de otras novelas de horror o, para decirlo de otra forma, eso es harina de otro costal.

Debe ser muy triste pertenecer a la nueva burguesía. Obligada a blanquearse para aparentar pureza de sangre, incapaz de ocultar su origen de clase, despreciada por la vieja burguesía, por la oligarquía y por el pueblo. No perdió oportunidad de sumarse al saqueo, pero perdió para siempre la oportunidad de construir algo realmente grandioso, perdurable. Allá ella.

Proclamarse vencedora cuando tanta gente se siente derrotada, es de esas cosas que uno no le desea ni a su peor enemigo, mucho menos saberse derrotada ante la historia y por quienes estamos convencidos de que las revoluciones no se hacen para engendrar nuevos ricos. Precisemos, y esto es muy importante, porque nos permite inmunizarnos contra el desaliento: toda revolución los engendra. La revolución es hechura humana y no divina. El error de los nuevos ricos es precisamente creerse divinos, y ese defecto de origen es el que los hace irremediabilmente vulnerables, porque creen que su hora no llegará jamás. Pero llega, y puntual.

Hace tiempo que la maquinaria propagandística del capital global se vale de la existencia de la nueva clase para persuadirnos de que el cambio revolucionario es inviable, que todo esfuerzo transformador es inútil. Es muy vieja la conseja: toda revolución termina, invariablemente, en la traición. Ella atraviesa de cabo a rabo la historiografía conservadora. Y va mucho más lejos: pretende hacernos creer que toda conquista popular es privilegio, que si hablamos de revolución estamos condenados a vivir miserablemente. Los privilegios de la nueva clase vendrían a ser la confirmación de que no nos hemos hecho más que falsas ilusiones.

Se trata, por supuesto, de una trampa para cazar incautos. Caer en ella es un lujo que no nos podemos permitir.

La revolución es acontecimiento. La nueva clase un accidente inevitable. Pero un accidente que no es medida de nuestro fracaso, sino de todo lo que nos falta por hacer.

Servicios

El sábado alrededor de las diez de la mañana llegamos al punto acordado. Apenas se montó en ese artefacto raro, maravilloso y fascinante llamado carro, en el que viajábamos tres amigos provenientes de Caracas, Gerardo, que vive en La Carucieña, el barrio más grande de Barquisimeto, decidió otorgarnos una prórroga de cinco minutos. Antes quiso comprobar si de verdad andaba, si realmente habíamos podido llenar el tanque de gasolina, si no se trataba de un ardid, de una broma de mal gusto que le estuviéramos gastando.

Gerardo llegó a pensar que más nunca conocería las interioridades de un carro. Al cabo de algunas pocas cuadras, y luego de permitirse disfrutar de aquella maravillosa experiencia, dejándose acariciar el rostro por la tenue y deliciosa brisa del aire acondicionado, la emprendió contra nosotros, inclemente, con una mordacidad incomparable, a toda prueba.

Nos preguntó si en Caracas habíamos tenido problemas con la conexión a Internet. Un tanto extrañados, le respondimos que el servicio funcionaba, pero que fallaba con alguna frecuencia, que era lento y, para colmo de males, hacía pocos días había colapsado durante horas en algunas zonas y en otras hasta un par de días. Sin poder disimular la carcajada, nos contó que Miguel, su hijo mayor, llevaba la cuenta del tiempo que tenían sin Internet en casa: nueve semanas. Nos reveló su plan: al llegar a las nueve semanas y media lo celebrarían viendo la famosa película homónima, no importa si Miguel no está en edad de verla. La ocasión lo merece.

El problema, nos siguió contando, es el servicio de luz eléctrica. Nos preguntó cómo iba la cosa por Caracas. Le respondimos que la luz muy rara vez falla, solo en algunos lugares puntuales, como en Ciudad Tiuna o Caricuao, vaya usted a saber por qué motivo. Nos explicó algo que conocíamos parcialmente, porque tenemos amigos y familiares en Lara, pero una cosa es enterarse por terceros y otra muy distinta es vivirlo: casi todo Barquisimeto está sin luz hasta por doce horas, a veces más, a veces menos, todos los días. Puede hablarse, por tanto, de una cierta regularidad, aunque es prácticamente imposible saber cuándo se irá, muchos menos cuándo volverá. Salvo cuando el Presidente visitó la ciudad, recientemente: ese día se prestó el servicio ininterrumpidamente. Lejos de celebrarlo, el grueso de la población estuvo en ascuas durante toda la jornada, esperando el inminente corte. Llegó la noche y la luz seguía allí, tercamente. Se fueron a la cama preocupados por lo que les depararía el día siguiente. Pero no nos desviemos: el punto es que, dadas las circunstancias, no es posible saber si, llegado el día, podrán disfrutar de la película.

Eventualmente llega la luz, pero igual siguen sin el servicio de Internet, y hace mucho más tiempo que en casa no funciona el teléfono local. Esto último no importa tanto: total, casi todo el mundo tiene a la mano sus teléfonos celulares, aunque cada vez menos inteligentes. No habrá Internet en la computadora personal, pero con luz, y si se dispone de datos, puede navegarse un rato. El problema, como es sabido, es que para usar los celulares es preciso poder cargarlos. Pero bueno, un paso a la vez, hay que ser inteligente, paciente, ver el vaso medio lleno y no medio vacío, que eso es cosa de pesimistas.

El detalle es que el servicio de agua está imposible. Es decir, casi nunca hay agua en La Carucieña. Siendo así, se entenderá que no es posible llenar ningún vaso, por lo que no queda otra que imaginárselo medio lleno. Y claro que lo consiguen: imaginación, inventiva popular, eso sí que nunca falta.

Por alguna extraña razón, Gerardo no nos preguntó si teníamos agua en Caracas. Quiso saber, en cambio, cómo nos iba con el servicio de gas. Y sí, hay en Caracas infinidad de lugares con problemas de gas, pero ninguno de los que íbamos en el carro los padecemos. Nos acusó de privilegiados. Lo conminamos a reducir su hostilidad hacia nosotros, bajo amenaza de bajarse del carro. Soltó otra carcajada, y nos contó que por el barrio hace tiempo que cocinan a leña, a veces turnándose varias familias para aprovechar el fogón, que tampoco es que sea fácil conseguir la leña y no pueden permitirse el lujo de desaprovechar el fuego. Nos confesó que varias veces se ha enfrentado al dilema de quemar madera todavía verde o húmeda y por tanto tener que lidiar con el humo casi insoportable o quemar los muebles y libros de la casa. Cuando nos aseguró que su biblioteca se había reducido a la mitad, sospechamos que exageraba, pero nos quedamos con la duda.

Le reclamamos una vez más el hecho de que volcara todo su resentimiento en nosotros, sus queridos amigos caraqueños y, entre risas generalizadas, le exigimos que pensara en la gente de Táchira, Zulia, Delta Amacuro. Nos respondió, esta vez con toda seriedad, que lo que sucede con aquella gente está siempre en sus pensamientos: no pueden imaginar cómo debe ser vivir en algún pueblo o ciudad de frontera, tan alejados de la capital del país, tan cerca de la tragedia cotidiana.

Cuando llegamos a Sarare, les contamos a varios amigos en común sobre todo lo que habíamos tenido que escuchar durante el trayecto. Como aliviados, satisfechos casi, los amigos sarareños nos contaron que al menos el servicio de luz eléctrica se había regularizado un poco, que lo que nunca llegaba era el CLAP. En lo que va de año solo llegó cuando tuvieron la fortuna de recibir, al mismo tiempo, a un integrante de la dirección nacional del PSUV. No faltaba más: Gerardo se precipitó en detalles sobre la irregularidad del CLAP en La Carucieña, la gente de Sarare nos contó del sabotaje permanente contra la empresa de producción social directa comunal que se encarga de la distribución de gas en el municipio, de la vez que el pueblo se quedó sin luz durante cinco días y el alcalde se refugió con toda su familia en un hotel con planta eléctrica, y fue como si volviéramos a comenzar de nuevo.

Ya de noche, sin perder un instante el buen humor, Gerardo nos comentaba que buena parte del malestar popular asociado a la pésima prestación de servicios era perfectamente digerible, que la situación era incluso comprensible: mucha gente sabe que, al menos en parte, lo que está padeciendo es producto de la guerra contra el pueblo, que hay una relación directa entre las sanciones imperialistas y los problemas de la cotidianidad, que lo que se persigue es doblegar la voluntad popular. Lo que resulta absolutamente intolerable, nos explicaba, más que la corrupción de algunos funcionarios de las empresas prestadoras de servicios, es la inconsecuencia del Gobierno, el hecho de que, por regla general, los responsables no den la cara, ni expliquen, ni informen, pero sobre todo que no acompañen a la gente. Lo que más molesta es sentirse solos, no desprotegidos, sino solos, soledad

popular que contrasta con un discurso oficial que abunda en referencias a la “protección” del pueblo.

Gerardo es sin duda un hombre afortunado: al día siguiente, luego de abastecernos en la tienda de la Comuna Socialista El Maizal (cosa que, dicho sea de paso, Gerardo reclamó airado, porque cómo van a venir estos caraqueños a comprar más barato en Sarare), a pesar de todo lo que nos había hecho pasar, le dimos la cola hasta su casa. Mentira: hasta la Avenida Vargas. Allí lo dejamos en castigo, para que tuviera que agarrar la camioneta o, como dicen en Barquisimeto, el ruta hasta La Carucieña.

Cuando íbamos a medio camino, nos envió un mensaje por *wasap*: había logrado llegar a casa, todo bien. Le respondí: “Ah, pero conseguiste transporte y tienes luz. Después no te andes quejando. Malagradecido”.

Fortaleza asediada

Usted está dentro de una fortaleza que está siendo asediada. Como corresponde, usted está defendiéndola con todas sus fuerzas. En medio del combate observa a alguna gente dentro de la fortaleza que, en lugar de defenderla, y mientras dice defenderla, la está saqueando. ¿Es usted un traidor si acusa a los saqueadores? ¿O es usted un traidor si guarda silencio?

Nadie en su sano juicio apostará por el silencio. A menos, por supuesto, que se trate de los saqueadores o de sus cómplices. Pero incluso en tal caso, puede que el impostor aplique la del carterista callejero que, para despistar a los transeúntes desprevenidos, comienza a gritar: “¡Al ladrón, al ladrón!”.

De manera que lo del silencio raya en el falso dilema. Para quienes defendemos la fortaleza, el silencio sencillamente no es una opción. El asunto es cómo romperlo.

Con mucha frecuencia nos planteamos otro falso dilema: guerra económica o corrupción. Ciertamente, se ha hecho tal abuso de la expresión guerra económica, que de un tiempo a esta parte su sola mención suele generar un rechazo inmediato. El problema con la expresión es que ella supone lo que hay que explicar: no se puede prescindir tan ligeramente de las mediaciones, de eso que nos permite comprender cómo se manifiesta, cuáles son sus efectos, cómo operan las fuerzas involucradas. Es decir, como en toda guerra, los asuntos relativos a la táctica y la estrategia.

Además, como es lógico, es preciso explicar qué se está haciendo para enfrentar la agresión. Es muy frecuente escuchar comentarios del tipo: en una guerra se dispara de lado y lado, y en este caso los disparos los estamos recibiendo solo nosotros.

La cosa se complica cuando la expresión es empleada por personajes que no son, en lo absoluto, referentes éticos del chavismo. Entonces, lo de guerra económica suena a puro pretexto, a cortina de humo para, en el peor de los casos, volver las armas contra el mismo pueblo que se dice defender, o para disimular lo que se percibe popularmente como la más completa ausencia de acciones contraofensivas. De nuevo: como si la guerra económica fuera una fatalidad, algo a lo que tenemos que resignarnos, mientras alguien más nos asiste y nos ayuda a curar algunas de nuestras heridas.

Es realmente un misterio por qué a alguna gente le resulta tan difícil comprender que para un sujeto político como el chavismo es inconcebible la guerra sin épica, es decir, una guerra en la que las clases populares quedan reducidas al papel de víctimas que hay que proteger. Nada más alejado del carácter del chavismo que, naturalmente, ha venido construyendo su propio relato de la guerra, no solo porque padece sus cruentos efectos, sino porque no está dispuesto a permanecer pasivo.

La guerra es real, por supuesto, y no solo se expresa en el campo económico. El problema, en buena medida, son las profundas limitaciones del discurso oficial sobre la guerra. Son estas limitaciones, sumado a la desorientación popular que es propia de situaciones de esta naturaleza, las que explican el falso dilema: guerra económica o corrupción.

Si colapsan los servicios públicos, uno de los objetivos de la guerra híbrida contra Venezuela, no se puede despachar el asunto atribuyéndole el hecho a la guerra económica, cual si fuera una expresión mágica dotada de poderes omniexplicativos. Puesto que los servicios públicos también colapsan porque hay funcionarios corrompidos que le apuestan al colapso, porque la situación les permite lucrarse. De igual forma, hay elementos dentro de las instituciones que ven con buenos ojos su privatización, y el funcionariado corrompido actúa de hecho como cabeza de playa, creando las condiciones para eventualmente lograr tal objetivo.

¿A quién conviene esta situación? El funcionario corrompido se lucra, al igual que los elementos privatizadores. Pero el principal beneficiario es quien mantiene el asedio contra la fortaleza. Alguien más está haciendo el trabajo de zapa por él, alguien más está haciendo estragos tras las líneas enemigas, en nuestro territorio.

No existe tal dilema: guerra económica o corrupción. Sin pretender en lo absoluto salvar la responsabilidad de nadie, es rigurosamente cierto que la corrupción es expresión de la degradación cultural que inducen quienes nos hacen la guerra. Y no es un fenómeno nuevo: pasa desde la Conquista. Se degrada conquistando y se domina degradando a la población, induciendo la corrupción de sus líderes, de sus instituciones. El problema no es moral, sino fundamentalmente político. Quienes nos asedian celebran sus victorias parciales cuando nos ven planteándonos esos falsos dilemas, y sintiéndonos miserables por los niveles a que ha llegado nuestra degradación.

Romper el silencio es la vía más expedita para detener este proceso de degradación. Y la mejor manera de hacerlo es actuando sin contemplaciones contra quienes saquean la fortaleza, muchas veces a la vista de todos, traficando con alimentos o medicinas en plena vía pública, contrabandeando, exigiendo pagos indebidos en dinero o en especies a productores en las carreteras, y otras tantas veces al margen del escrutinio público, firmando acuerdos con elementos de la burguesía parasitaria, ofreciéndoles a quienes ya de por sí nos llevan ventaja, todas las ventajas habidas y por haber para que nos sigan saqueando.

Podrá alegarse, con toda la razón, que la acusación generalizada y sin pruebas es tan inaceptable como contraproducente, y que ella misma es expresión de la degradación que deseamos conjurar. Pero cuando tantas pruebas resultan tan evidentes, traición es no actuar. No actuar es como abrir las puertas de la fortaleza mientras se dice defenderla, traicionando a un pueblo dispuesto a pelear.

Mala fe

En la primera entrega de esta serie adelantaba que me parecía una falacia aquello de que, para tener una mirada global de la realidad venezolana, resultaba inevitable renunciar a la posibilidad de hablar desde esa parcialidad que es el chavismo, ubicarse por *afuera* de él.

Planteaba que no solo era posible, sino necesario construir una mirada global desde el chavismo, es decir, desde la posición de un sujeto político que de hecho irrumpió históricamente como el *afuera* popular que, además de poner en jaque el *adentro* de la política de elites, logró replantear las reglas de juego políticas.

Para quienes sostienen esta falacia desde posiciones de “izquierda”, hay incluso algo de indignidad en ese empeño en hablar desde el chavismo, todavía a estas alturas.

Esta impostura tiene mucho de lo que, siguiendo a Jean Paul Sartre, José Romero Losacco identificaba como mala fe: “Sartre entendía por mala fe la negación de la libertad individual que ocurre cuando el sujeto objetiva sus acciones al tratarlas como determinadas por las acciones de otros. Se trata de la típica justificación de nuestras acciones objetivando nuestra propia responsabilidad mediante su transferencia”.

La “transferencia individualizante de la propia responsabilidad” equivale al “ejercicio de reificación del individuo como totalidad”, lo que le permite al individuo “objetivarse de una realidad de la que forma parte”, salvando su responsabilidad.

Es mucho menos complicado de lo que pudiera parecer: no es que sea necesario ubicarse por *afuera* del chavismo para tener una mirada global, es que se apela al pretexto de la necesidad imperiosa de una mirada global para justificar la decisión política de ubicarse por *afuera* del chavismo.

Solo el individuo reificado es capaz de una mirada “totalizante” o global, y dicha mirada solo es posible objetivándose respecto del chavismo o, porque puede que esta palabra resulte demasiado insoportable, de la revolución bolivariana.

Es una forma si se quiere elegante, aunque rebuscada y falaz, como toda impostura, de renegar del chavismo, descargando en otros la responsabilidad individual.

Entiéndase: es perfectamente comprensible que un individuo decida desmarcarse del chavismo o de la revolución bolivariana, por las razones que fueren. Pero un poco de honestidad intelectual y un mínimo de sensatez política le obligarían a hacerse cargo de sus actos u omisiones. Es decir, a proceder sin mala fe.

El detalle es que la mala fe abre puertas en el mundillo académico o intelectual, tanto como en cierta prensa “progre”. Ahora que Venezuela, el chavismo y la revolución bolivariana resultan demasiado tóxicos para ambientes y sensibilidades tan asépticos, es demasiado cuesta arriba, un anatema casi, vergonzoso incluso, retratarse en tal lugar, junto a tal identidad o experiencia, a riesgo de contagio.

Las circunstancias históricas exigirían una cierta sobriedad, equidistancia, ecuanimidad, objetividad es la palabra. Miradas y voces capaces de trascender los esquemas “polarizantes”.

Hay mucho de temor a quedar por afuera de los espacios donde puede recibirse, en contraprestación, reconocimiento y prestigio. Permanecer adentro exige una cierta disciplina que no siempre es compatible con el ánimo militante, para emplear otra mala palabra.

Además, desde estos mismos espacios académicos o intelectuales puede hacerse carrera escribiendo sobre el “fracaso” del chavismo o de la revolución bolivariana, con frecuencia empleando, como escribe Romero Losacco, “neologismos que nada explican, pero que sirven para mostrarse con rostro renovado y así eludir el *mea culpa*, para decirle al mundo: ¡No fuimos nosotros, fueron ellos que no comprendieron! No hay la más mínima humildad, no se plantean que el problema fue que ellos no se supieron explicar, mucho menos que ellos son corresponsables de lo que ahora acontece”.

Es justo decirlo: no será la primera vez que la intelectualidad de izquierdas exhiba sus miserias. Tampoco la última. Más de una vez, encandilada por el fulgor revolucionario popular, tomó partido y se involucró en política, y cuando el fuego amainó se apresuró a salir por la puerta trasera, con las tablas en la cabeza, y corrió a ocupar el que considera su verdadero lugar.

Es preciso dar cuenta, por supuesto, de tales imposturas, sobre todo para identificar lo que no se puede hacer, bajo ninguna circunstancia, porque es obrar de mala fe. Pero lo fundamental es entender que para reavivar el fuego revolucionario hace falta, y mucho, rigor político e intelectual, que en lo absoluto tiene por qué estar reñido con la militancia. Aprender de nuestros errores es lo que corresponde. Asumir nuestra responsabilidad.

Cómo es posible

Perdí la cuenta de la cantidad de veces que, frente a una injusticia o atropello cometido por algún dirigente, funcionario público o, pongamos el caso, algún efectivo militar, el auditorio responde visiblemente indignado, preguntándose cómo es posible que cosas así sucedan en revolución.

De hecho, con alguna frecuencia, sobre todo cuando los atropellos son reiterados o muy escandalosos, cuando campean la impunidad o el silencio cómplice, parte del auditorio se apresura a sentenciar que eso de revolución no es más que una farsa, que a lo sumo hay un remedo de revolución, liderizada por gente poco menos que dispuesta a mover siquiera un dedo para corregir entuertos.

Es perfectamente comprensible la indignación, aunque, como lo planteara alguna vez (1), si ella se va a traducir en impotencia política, es cualquier cosa menos deseable.

Antes que todo, y sin ninguna pretensión de dictar cátedra sobre el asunto, habría que preguntarse qué entendemos por revolución.

Podría decirse que la revolución es, por definición, conflicto, esto es, todo lo contrario de ausencia de injusticias. Y si bien es cierto que los líderes de una revolución tendrían que hacer todo lo posible por combatir desmanes y atropellos, no es menos cierto que los líderes no hacen la revolución. La lideran, para bien o para mal. De hecho, alguien más ha delegado en ellos la responsabilidad de liderar o, dicho más claro, mandar obedeciendo.

Si un líder no es capaz de mandar obedeciendo, es decir, si se cree el cuento de la representatividad, si se siente cómodo no solo desoyendo los reclamos, sino desobedeciendo el mandato de los liderados, pues es un pésimo líder. En tal caso, quienes han delegado en él la responsabilidad de liderar, tienen no solo el pleno derecho sino la obligación de parir nuevos liderazgos.

El liderazgo real, genuino, de una revolución popular y radicalmente democrática, descansa en el conjunto de los liderados: son ellos los que han de mandar y son los líderes los que han de obedecer. En ellos reside la potencia que hace posible las revoluciones. Unos y otros provienen del mismo pueblo: si el líder ocupa tal posición de manera circunstancial, será por mandato popular.

Se dirá que el problema es que abundan los pésimos líderes, que para colmo de males no tienen intención de dar su brazo a torcer, porque es mucho lo que está en juego. Pero es que esa es precisamente una de las cosas que los hace pésimos líderes. El punto es que el obcecamiento del peor líder es nada frente al poder de los que mandan. Lo que hay es que poder mandar. Y mandar es asunto de potencia popular.

Si la indignación frente a la injusticia nos conduce a la impotencia, estamos perdidos de antemano. No hay nada que hacer. Corrijo: lo primero que hay que hacer es sacudirse la impotencia.

No iremos a hacer como los obsecuentes, que callan cuando se comete una injusticia y voltean a otro lado, porque no es el momento, porque es preciso no meter el dedo en esa llaga, porque no se pueden exponer las heridas abiertas en revolución. Pero los golpes de pecho de los impotentes no ayudan en nada. Al contrario, ellos son alimento para el alma de los obsecuentes, calmos, imperturbables y firmes como estatuas, y nada pueden contra los obsecados.

Las injusticias hay que exponerlas. Pero eso es tan solo el primer paso. Hay que exponerlas para multiplicar nuestra potencia de actuar.

Ciertamente, hay quienes deciden exponer las injusticias cuales justicieros que vienen a declarar la revolución perdida. Vaya usted a saber qué sed de justicia puede haber en semejante elegía a la impotencia. Hay gente sedienta de derrota.

Por eso hay que saber distinguir entre quienes exponen las injusticias para combatirlas o porque las están combatiendo, y quienes las exponen con la intención de convencernos de que ya no hay razones para pelear.

Por supuesto que en una revolución se cometen muchas injusticias, errores, excesos. Peor aún, muchas injusticias se cometen en nombre de la revolución. No es cosa de resignarse, todo lo contrario: pero qué otra cosa podía esperarse de una hechura humana de proporciones tan monumentales.

¿Cómo es posible? No solo es posible, sino inevitable. Pero una certeza tal solo tiene sentido si somos capaces de no olvidar que una revolución como la nuestra es lo que hacen los pueblos cuando desean hacer posible lo que hasta hace muy poco parecía imposible: un mundo más justo, un lugar donde sea el pueblo el que mande.

Referencias

(1) Reinaldo Iturriza López. El chavismo salvaje. Págs. 195-201.

Chavismo duro

Fanático empedernido del discurso autodenigratorio, el antichavista promedio se estremece cuando lee en las encuestas que Nicolás Maduro tiene una aprobación que supera el veinte por ciento, bastante por encima de varios de sus pares latinoamericanos, y casi se paraliza cuando se entera de que Hugo Chávez, seis largos años después de su desaparición física, aún despierta simpatías en más de la mitad de la población.

Enfrentado al dilema de rendirse ante la evidencia, se explaya en imprecaciones de leyenda, maldiciendo de las formas más variadas, elocuentes y penosas el infortunado día en que tuvo que venir a nacer en esta tierra plagada de desgracia, rodeado de gente tan miserable e inculta, tan de poca monta.

Esta actitud tan poco edificante, con la que alguna gente ha tenido que lidiar durante veinte años, va acompañada de la negación más rotunda: no puede ser posible, alguien nos está mintiendo. Venezuela no es un país, es un gigantesco fraude. La vida misma es un tortuoso e interminable fraude. Una pesadilla de la que no es posible despertar.

Nada ni nadie es capaz de hacer entrar en razón al antichavista promedio. Por intolerable e inaceptable, la realidad le parece incomprensible. Su clase política, su maquinaria propagandística, sus intelectuales, en tanto que no hacen otra cosa que alimentar y reproducir el mismo sentido común desazonado, incrédulo, cínico, muy poco o nada pueden ofrecer.

Al contrario, ellos son fuente permanente de las explicaciones más rebuscadas, y es así como logran que las historias más inverosímiles adquieran el rango de verdad, como el cuento aquel de que el chavismo solo puede estar en el poder porque ha cometido, una y otra vez, fraude electoral. Venezuela es un país de mierda. Cese la usurpación.

Hace tiempo que la encuestología, ese oficio a medio camino entre la práctica científica y la prestidigitación, intentó dar cuenta de la existencia de un curioso fenómeno: el chavismo duro. Si para el antichavista promedio el chavismo en general es causa y consecuencia de todos los males, si es en sí mismo una plaga, ¿qué podrá pensarse del chavismo duro?

El chavismo duro vendría a ser lo peor dentro de lo muy malo. Si el chavismo es la enfermedad, el chavismo duro es la agresiva enfermedad terminal, la causa de los más terribles y dolorosos padecimientos. Si el chavismo es basura, el chavismo duro es excrecencia.

Siempre según el antichavista promedio, solo el chavismo duro puede sentirse cómodo en una situación como la que estamos viviendo. Lo quiere todo para sí, pero al mismo tiempo se conforma con muy poco. Su identificación política solo es posible al precio del sufrimiento de la inmensa mayoría.

No importa si la actitud del antichavista promedio dista mucho de ser la manera de pensar y sentir de las mayorías populares. Se cree con derecho a juzgar que el chavismo duro, conformista, indolente, cómplice, es merecedor de un sufrimiento igual o peor al que

inflige, y por eso justifica que se le arrebaten alimentos y medicinas, que se le humille y se le deje morir en los hospitales, que sea señalado, perseguido y asesinado, que sea estafado por los comerciantes, que se vea obligado a comer de la basura, que el sueldo no le alcance, que sea víctima de la violencia criminal, que sea expulsado de sus tierras y, llegada la ocasión, que se le bombardee y aniquile. A fin de cuentas, todo lo que le ocurre, tanto como lo que tendría que ocurrirle, es responsabilidad última del Gobierno que apoya.

Lo cree incapaz de discernimiento y crítica, desprovisto de inteligencia y belleza, carente de cualquier virtud. Si alguien resiste, ese es el antichavista promedio. El chavismo duro solo tolera, sostiene, aguanta, impide que caiga lo que hace mucho ha debido caer.

Si Estados Unidos ordenó a la clase política antichavista no participar en las elecciones presidenciales de 2018, no fue porque considerara imposible triunfar, mucho menos por la ausencia de garantías electorales, sino porque no estaba en sus planes derrotar al chavismo electoralmente. El soberano imperial ha sido determinante a la hora de forjar esta idea de que el chavismo es un sujeto exterminable, que debe morir de muerte violenta, no importa si esto equivale a genocidio.

El diagnóstico es brutal, porque nos habla de una cierta deshumanización de la política, nos remite a odios y miedos muy arraigados socialmente, nos obliga a calibrar el alcance de la bestialidad imperial, nos hace tener que lidiar con una realidad que ya quisiéramos que fuera distinta. Pero es el diagnóstico.

Por lo general, la encuestología nos ofrece un retrato parcial de la realidad, pero no indaga a fondo en las razones que explican las identificaciones políticas, tal vez porque no le corresponde, tal vez porque está tan comprometida con la derrota del chavismo que prefiere tratar con condescendencia al antichavista promedio, ofreciéndole pocas herramientas para comprender su entorno.

Lo primero que debe comprenderse es que el fulano chavismo duro no es simplemente un caudal de votos. Se expresa, por supuesto, electoralmente, pero es mucho más que eso. Una de sus principales características y, al mismo tiempo, una de sus ventajas, es que no desprecia el país en el que vive. Eso hace de la forma como se relaciona con la política una experiencia fundamentalmente gozosa. No hace política a partir del desprecio del otro, sino mediante la recuperación del propio orgullo. Muy al contrario de la imagen caricaturesca que se ha construido de él, es severamente crítico de un Gobierno que, no obstante, considera suyo, en mayor o menor medida, y sabe bien que, en caso de que el antichavismo recupere el poder, gobernará de espaldas a los intereses populares. Y si quedara alguna duda, basta con hacer balance de todo el daño que ha causado intentando recuperarlo, con frecuencia apelando a vías no democráticas. Resiste no tanto por miedo a perder lo conquistado o por temor a represalias, como suelen opinar los encuestólogos, sino porque ya comprobó que era posible vivir mejor y desea volver a hacerlo.

A los encuestólogos les falta lo que al chavismo duro le sobra: calle. El problema con el antichavista promedio es otro: está convencido de que tener calle es igual a prenderlas en candela, con todo y chavistas.

Usted puede juzgarlo como quiera, pero, equivocado o no, el chavismo duro todavía se siente dueño de su destino. Y aunque lo acusen de genuflexo, tarifado o vendido, lo cierto es que eso, en política, no tiene precio.

Guías

Cuando se tienen cuarenta y cinco años y una revolución a cuestas, es realmente difícil evitar que las palabras estén salpicadas de un cierto tono aleccionador. Sin quererlo, sin advertirlo incluso, supongo que en más ocasiones de lo deseable hablo o escribo con un aire de suficiencia que no debe resultar muy agradable para el interlocutor.

La cosa se complica cuando uno se cree en la obligación de contar la historia de la revolución bolivariana, de sus antecedentes, de sus grandezas y miserias, de sus posibles derrotos. Varias veces he referido que eso fue justamente lo que me motivó a escribir con regularidad: contar mi parte de una historia que me parecía escasa o pobremente contada. Había demasiados cabos sueltos, detalles que se pasaban por alto, episodios extraordinarios que corrían el riesgo de ser olvidados.

Además, es mi parte de una historia que es *mi* historia. Teniendo la posibilidad de contarla, sencillamente no tenía intenciones de desaprovechar la oportunidad de ofrecer mi versión de los hechos.

Ahora que lo pienso, más allá de cualquier pretensión de verdad, también escribo con el propósito de acompañar y ser acompañado. Sin embargo, intento no olvidar la recomendación de Horacio Quiroga: “No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia”. Caso contrario, uno puede descubrirse escribiendo lo que otros desean leer, que no siempre es lo que es necesario contar. Complacer a la audiencia puede ser una forma de engaño, sobre todo con uno mismo.

Decía que en mis circunstancias es difícil evitar el tono aleccionador y hablar o escribir con aire de suficiencia. Pero hay que emplearse a fondo, hacer el mejor esfuerzo. Porque lo cierto es que hay mucho que aprender de quienes nos antecedieron y también, aunque no lo parezca, de quienes habrán de sucedernos.

Teniendo todo esto en mente, me atrevo a sugerir algunas guías para el pensamiento y la acción de los militantes más jóvenes:

1. No sientan vergüenza de su origen de clase popular. Si se van a desclasificar, que sea porque provienen de la clase media o alta y decidieron renunciar a sus privilegios de clase. Eso no significa en lo absoluto conformarse o vivir mal. Significa luchar porque el conjunto de la sociedad viva mejor, y no solo una pequeña parte. Ustedes no se hicieron militantes para resolver sus propios problemas materiales y los de su pequeño grupo, familiar o de amigos y allegados.
2. Desconfíen de los que hablan de revolución y amasan privilegios. No se vendan al mejor postor. No se conviertan en clientes de nadie. No se arrimen al poderoso, no crean que solo es posible sobrevivir bajo el manto protector de quienes ocupan cargos de dirección. Ustedes no están para ser sobrevivientes de nada ni de nadie. No se deslumbren por el poder de quienes hacen un chasquido de dedos y resuelven un problema. No se dejen llevar por cantos de sirena o por encantadores de serpientes.

3. Piensen con cabeza propia. No se subestimen. Ustedes tienen una mínima noción de lo que está bien y lo que está mal, de lo que es correcto e incorrecto. Por algo decidieron militar políticamente. Lean, estudien. Sospechen de quienes son laxos con valores y principios.
4. Si ocupan un cargo de responsabilidad, no se acomoden. Con frecuencia, la mejor manera de saber si se está obrando correctamente es si se ganan la animadversión de los liderazgos negativos, de los elementos más corrompidos. Frente al poder, y ejerciéndolo, sean siempre subversivos. Fíjense en quiénes los aplauden y quiénes los vilipendian. Ustedes no están militando para coronar cargos, para ocuparlos indefinidamente. El poder es transitorio. La vida da muchas vueltas. Sean gente.
5. Cuando les asalten las dudas, que será muchas veces, escuchen a la gente común y corriente. Sean capaces de aprender de ella. No se distancien de la realidad de la calle, porque ella es la gran maestra de la política.
6. No se conviertan en repetidores de consignas. Su trabajo es crear, inventar. La revolución es tierra virgen y mil problemas. Los problemas no se resuelven con discursos huecos, vacíos, repetitivos, sin imaginación. Estos, al contrario, le hacen un flaco favor a la revolución y uno muy grande al estado de cosas que queremos cambiar.
7. Ustedes no están para hacer el papel de masa de maniobra o público cautivo en actos y concentraciones. No se sientan obligados a hacer de relleno en las puestas en escena de alguien más. Desconfíen de las tarimas y los atriles.
8. No sean timoratos, sino audaces. No hagan el papel de esos tristes personajes que se dicen revolucionarios, pero los hechos los delatan como empedernidos conservadores.
9. Respeten la diversidad de pensamiento, la diferencia de opiniones. Sean receptivos a la crítica. No se atrincheren en posiciones indefendibles simplemente porque es la opinión de su pequeño grupo. Si van a ser intransigentes, que sea por una causa que valga la pena.
10. Demuestren un respeto reverencial por la gente que lucha. No la menosprecien, no la señalen, no la censuren. Si se van a equivocar, que sea con la gente que lucha, y no poniéndose del lado de quienes le dan la espalda, por conveniencia, por cobardía, porque se están afectando sus intereses.
11. No teman decir lo que sienten y piensan que tienen que decir, porque serán menospreciados, señalados o censurados. Un militante honesto políticamente es incómodo por naturaleza. Con el tiempo se aprende a tener sentido de la oportunidad, a proceder con inteligencia. Pero tengan en mente que la mejor opción nunca será callar, mirar a otro lado, hacerse el desentendido.
12. Crean en la Comuna como el horizonte de realización del ideario bolivariano, robinsoniano, zamorista, chavista, socialista.

Sean disculpar el rodeo inicial sobre la historia o si estas guías les parecen muy impertinentes o controvertidas. Pero son algunas de las cosas que uno ha ido aprendiendo, y créanme cuando les digo que no me anima otra intención que acompañarlos, abrirles camino. No están solos.

Izquierda

Es más allá de la izquierda donde está la solución, advertía Alfredo Maneiro con toda razón. Pero es igualmente cierto que no hay solución sin ubicarse a la izquierda del tablero político.

Una cosa es señalar, como lo hiciera Chávez oportunamente, que en determinados momentos históricos es muy difícil ubicar la frontera que separa a la derecha de la izquierda, y otra muy distinta es concluir que están condenadas a representar el mismo papel de administradores del estado de cosas.

Al contrario, al buen entendedor no le costó mucho trabajo deducir que Chávez cuestionaba a la izquierda realmente existente, es decir, llamaba la atención sobre la distancia entre lo que la izquierda decía o pretendía ser y, más allá, lo que tendría que estar haciendo, y los hechos, tercios y aleccionadores.

Chávez polemizaba con la izquierda en su conjunto en razón de su adocenamiento, de su pérdida de vigor revolucionario, por su cortedad de miras estratégica, por su desconexión con la realidad de las mayorías populares. Con todo, siempre procuró reivindicar a las muy notables excepciones, y reconoció la influencia que ellas tuvieron en su formación política e ideológica. Son los casos, entre otros, del mismo Alfredo Maneiro, pero también de Kléber Ramírez, Pedro Duno, José Rafael Núñez Tenorio, Ruiz Tirado, Hugo Trejo, Víctor Hugo Morales. Incluso, a figuras muy críticas de la revolución bolivariana, como el entrañable Domingo Alberto Rangel, les profesó un respeto y una admiración casi reverenciales.

Severo crítico de la farsa del fin de las ideologías, Chávez estuvo muy lejos de adoptar ese discurso típicamente de derechas según el cual ya no tiene sentido hablar de derecha e izquierda, y más bien se planteó, con su audacia teórica y práctica características, reinventar la forma de hacer política, adecuándola a las circunstancias históricas, lo que exigía superar los límites de la cultura política de izquierdas, su eurocentrismo raizal, su dependencia de las lógicas tributarias de lo moderno/colonial.

Para el chavismo, ir más allá de la izquierda significó construir una identidad política que incorporó, en lugar de excluir, a la izquierda. Ésta tuvo así la oportunidad histórica de refundarse, al mismo tiempo que lo hacía la República.

Ir más allá de la izquierda fue lo que hizo posible triunfar electoralmente en 1998. Poco tiempo después, replanteadas las reglas de juego políticas, Chávez se ubicó a la izquierda del tablero, pero no para limitarse a intercambiar sus piezas con la derecha, sino construyendo hegemonía popular y democrática. Desde esta posición de fuerza fue capaz de derrotar a la derecha cada vez que ésta decidió patear la mesa, obligándola a sentarse nuevamente.

Ubicado a la izquierda del tablero, con el apoyo clave de elementos de izquierda dentro de su Gobierno, y sobre todo con el decidido y mayoritario respaldo de un pueblo politizado en clave revolucionaria, Chávez se dedicó inicialmente a reducir las desigualdades de todo

tipo, poniendo al servicio de las mayorías populares parte importante de la renta que históricamente usufructuaron las elites, venciendo resistencias externas e internas, es decir, manteniendo a raya a las líneas de fuerza más conservadoras dentro del chavismo. Si logró avanzar en tales objetivos fue porque la práctica de su Gobierno conjugaba, para decirlo con Maneiro, eficacia política y calidad revolucionaria.

A cada latigazo de la contrarrevolución, Chávez respondía contraatacando con medidas más revolucionarias, sin descuidar la construcción de hegemonía popular y democrática, es decir, aquello que le permitía moverse con soltura por el tablero político, teniendo como punto de partida su posición a la izquierda.

Así concibió la idea-fuerza de socialismo del siglo XXI, los consejos comunales, las Comunas; así se propuso la transformación de la estructura económica de la nación, la modificación de la matriz productiva, la renacionalización de parte de la industria, el control soberano de áreas estratégicas, la defensa de la propiedad social. Es decir, pensando y actuando en total coherencia con lo que había sido la aspiración histórica de la izquierda revolucionaria en Venezuela y el mundo. Sin dejar un solo momento de sortear obstáculos externos e internos.

Fue más allá de la izquierda, ubicado a la izquierda e incorporando a la izquierda, según el momento histórico o la coyuntura de la que se tratase, que Chávez logró liderar un proceso de cambios revolucionarios que significó la dignificación de las mayorías populares. Con todo y los errores cometidos, la sociedad venezolana logró alcanzar niveles de democratización sin precedentes en su historia.

Vista en su conjunto, la revolución bolivariana ha sido un extraordinario acierto histórico. Puestos a evaluar sus limitaciones, sus objetivos no cumplidos, sus contradicciones e incluso sus retrocesos, nada indica que la solución pase por desandar el camino ya avanzado o por abandonar el rumbo estratégico ya establecido. Los problemas de la revolución habrán de resolverse en revolución.

Si está en riesgo la construcción de hegemonía popular y democrática como consecuencia de las agresiones del imperialismo y las nefastas consecuencias del accionar de los elementos más conservadores del chavismo, la reconstrucción tendrá que hacerse desde y más allá de la izquierda, no de espaldas a ella. En concreto, la solución no puede ser la desnacionalización de nuestra economía, la devolución de tierras a terratenientes o la falta de apoyo a las iniciativas de autogobierno popular, por citar algunos ejemplos.

No se trata simplemente de una cuestión de principios: la revolución bolivariana deja de ser viable políticamente si se abandona progresivamente el rumbo estratégico, puesto que se acelera la pérdida de apoyo popular y, en consecuencia, de aquella construcción hegemónica no queda más que una dominación frágil e inestable. En tal situación, las piezas se concentran en el centro del tablero, y se hace cada vez más difícil distinguir si provienen de la derecha o de la izquierda, lo que solo favorece a la primera, que nunca ha respetado las reglas de juego políticas.

Es más allá de la izquierda donde está la solución, pero no habrá solución favorable para las mayorías populares si no nos ubicamos a la izquierda del tablero.

Marchar, marcharse

Todavía hoy, algunas movilizaciones chavistas semejan ríos desbordados: flujos humanos con una energía tan grande que es imposible encauzarlos. Una fuerza bulliciosa, entusiasta y multicolor que pareciera concebida para no dejar de fluir, más allá de sus nacientes, afluentes y destinos. Poco importa el océano donde van a desembocar.

En las manifestaciones más bien modestas, el panorama puede ser muy distinto: con frecuencia, el flujo popular se tropieza, sin poder arroparlos, con algunos puntos de concentración donde reposan gentes muy bien uniformadas, casi siempre vestidas de impecable rojo, provenientes de alguna institución pública. Son gentes que ven pasar la movilización, pero que no expresan ninguna intención de mezclarse con ella. Con frecuencia puede notarse incluso el distinto origen de clase: por regla general, los que avanzan pertenecen a las clases populares, mientras que el estamento funcional permanece estático y silente.

La mayor presencia de unos y otros permite establecer cuándo se trata de movilizaciones extraordinarias o de rutina: en las primeras, el funcionariado está presente, por supuesto, pero se ve arrastrado por la fuerza popular, y es muy difícil distinguirlo; en las segundas, en cambio, su presencia es más visible, y eventualmente logra imponer su ritmo pausado, como de río bañado por una leve llovizna que no moja y tampoco empapa, que transcurre como si no tuviera ambición de alcanzar océano alguno. Como un flujo ambivalente, que está y no está al mismo tiempo, o que marcha sin querer marchar.

Están también los que ya quisieran marchar, pero por distintas razones no alcanzan a hacerlo, y están los que se marchan del país, aunque quisieran permanecer en él, y seguir formando parte del río desbordado que puede llegar a ser el chavismo en la calle.

Que aún a estas alturas haya que precisar que muchos de los millones que han decidido marcharse del país se identifican con el chavismo, habla de lo difícil que nos resulta lidiar con un tema por demás sensible, porque involucra los afectos y pone a prueba nuestras convicciones más profundas.

Estoy convencido de que, en las actuales circunstancias, lo que corresponde es permanecer en el país y luchar por él. Pero mi convicción personalísima no tiene por qué ser la convicción de nadie más, ni considero que nadie está traicionando nada por marcharse. Hace mucho tiempo que no comulgo con éticas impuestas, y no tengo intenciones de comenzar a hacerlo a partir de este momento.

Estoy igualmente convencido, porque hay sobradas pruebas de ello, de que el grueso de quienes se marchan son migrantes económicos. Olvidémonos por un momento del discurso de la maquinaria propagandística imperial, el mismo que repite el antichavismo, y sus engañosas cifras sobre refugiados y asilados. La migración económica es un hecho incontrovertible, y la causa principal es la guerra híbrida que pesa contra Venezuela. Es en este último punto en el que hay que hacer énfasis, en lugar de perder el tiempo con discursos salpicados de moralina, que ve traidores o enemigos donde realmente hay bajas de una confrontación bélica de nuevo tipo.

Es también un hecho indiscutible que una de las consecuencias de la guerra híbrida es la destrucción parcial de la economía nacional. De hecho, el objetivo central de los enemigos de la República es minar las bases del Estado-Nación, hacerlo inviable, y por eso emplean tanta energía en estimular la corrupción dentro de los estamentos funcionarial y militar.

A propósito de esto último, recuerdo el relato de un amigo que fue retenido injustamente en una alcabala policial, en la Circunvalación Norte de Barquisimeto. No le permitían continuar su camino hasta tanto no pagara al funcionario corrupto. En algún momento logró entablar conversación aparte con una policía, quien reconoció, avergonzada, que se estaba cometiendo un atropello, y le manifestó que no estaba de acuerdo. Le contó que aquello sucedía con tanta frecuencia que se sentía desalentada, frustrada, y que solo pensaba en irse del país con su familia.

A todo lo anterior habrá que sumarle los errores gubernamentales en materia de política económica. En tales circunstancias, ¿cómo no iba a producirse un fenómeno masivo de migración económica?

Insisto, cosa muy distinta es la versión de los hechos que intenta imponer la maquinaria propagandística antinacional: tanto sus agentes como el antichavista promedio se sienten a sus anchas retratando un país infernal puesto que la Venezuela en revolución siempre les pareció un infierno, no importa si a partir de 2004, una vez superados los gravísimos daños causados por el paro-sabotaje petrolero de 2002, el pueblo venezolano vivió la mejor década de su historia.

La autodenigración los define: solo en Venezuela pueden ocurrir las peores cosas. La revolución bolivariana es la más clara demostración de ello. Al pueblo bolivariano lo desprecian, tanto como al país en el que puede ser protagonista. Añoran solo el país donde eran amos y señores o aspirantes a serlo, y en el que las grandes mayorías nacionales permanecían aletargadas y al margen. Ahora que la guerra híbrida hace estragos en las clases populares, actúan como si el tiempo les hubiera dado la razón.

La lógica es más o menos como sigue: si usted es chavista, ahora pague las consecuencias. Si lo fue, es culpable de haberlo sido. Venezuela es un infierno tal que hasta los chavistas o quienes lo fueron huyen del país. Si usted es o fue chavista, no tiene derecho a escapar. Solo al infierno.

Pero está claro que una cosa es decidir marcharse y otra muy distinta huir o escaparse. Tan cierto como que Venezuela no es un infierno, ni el chavista es culpable de nada, incluso cuando debe marcharse, por la razón que sea.

Si al caso vamos, también hay quienes deciden permanecer en el país que desprecian, y los hay incluso quienes asisten a movilizaciones chavistas, pero sin intenciones de mezclarse con el pueblo. Su alma habita en otra parte. De igual forma, fuera del país hay gente de pueblo por cuyas venas fluye un torrente que puede que desemboque en mares que no son los de la patria, pero que hacen parte del mismo río indomable de quienes luchamos por ella, sea desde el lugar que sea.

Gobierno

En los espacios comprometidos con la defensa de la revolución bolivariana se plantea con muchísima frecuencia el problema de la relación con el Gobierno.

Posiciones hay muchas, y sin embargo suele haber un acuerdo en torno a una cuestión básica: la pérdida del poder supondría, sin la menor duda, una escalada de la violencia represiva, una espiral creciente de persecución y muerte, en el mejor de los casos el exterminio selectivo de los liderazgos populares, cuando no una verdadera razzia para eliminar de raíz toda posibilidad de resistencia y reorganización de fuerzas.

El actual margen de maniobra, todavía muy amplio a pesar de todo, se vería reducido prácticamente a cero. Nos enfrentaríamos a una situación límite que, muy probablemente, obligaría al menos a una parte de la militancia a asumir otras formas de lucha, en circunstancias desventajosas.

Al respecto, insisto, no queda la menor duda: no son pocas las veces que, durante los últimos veinte años, hemos tenido la oportunidad de mirar de frente la cara del fascismo. Sus portavoces, animados por el característico espíritu de revancha de la burguesía, hablan a sus anchas, de la forma más impúdica y grotesca, de la necesidad de aleccionar al pueblo chavista.

No se trata, como pudiera pensarse, de imaginar lo peor para acertar, sino de una certeza que nace de un examen de los hechos, de lo que han sido capaces de hacer para intentar derrotar a la revolución bolivariana, recurriendo a prácticas que no pueden calificarse sino de genocidas, y de la obligación de tomar previsiones frente a las que son sus intenciones manifiestas.

Salvo muy puntuales excepciones, solo quienes están completamente desvinculados de los espacios de militancia pueden permitirse la ligereza de plantearse el falso dilema de si es preferible o no un Gobierno chavista.

Luego, por supuesto, está la caracterización que desde cada uno de estos espacios se hace del Gobierno. Posiciones más o menos críticas hay muchas, como ya adelantaba, pero casi todas parten del común acuerdo ya referido.

Otro punto en común, implícito en lo que he planteado hasta ahora, es que resulta indispensable hacer la crítica al Gobierno. Por una razón simple: sin crítica es imposible corregir entuertos. Es una obviedad tal que el asunto no merece la más mínima polémica. Solo los elementos más conservadores pueden alegar, a estar alturas, que la crítica es contraproducente, y naturalmente lo hacen, pero semejante posición solo provoca la repulsa general.

Hay críticas impertinentes, extemporáneas, o que pueden ser muy legítimas, pero pierden toda eficacia cuando son formuladas por personajes de dudoso talante ético y político. No es a éstas a las que me refiero. Asimilar cualquier crítica, por incómoda que pueda ser, con aquellas, es una práctica deshonesta. No pueden compararse las imposturas del “chavismo

crítico”, por poner un ejemplo, con la genuina crítica popular, incluso si es hecha por el pueblo que no se identifica con el chavismo, y mucho menos con la crítica del pueblo chavista organizado.

Por más contradictorio que pueda parecer, precisamente porque no podemos descartar la posibilidad del retorno al poder de la derecha más rancia y criminal, y porque tenemos que hacernos cargo de las consecuencias que ello acarrearía, nuestra peor opción es limitarnos a una defensa acrítica del Gobierno, creyendo que con ello estamos defendiendo a la revolución bolivariana.

El problema con la defensa acrítica es que tiene poco de defensa eficaz y demasiado de conservación, y es muy difícil conservar o hacer que prevalezca lo que no es susceptible de ser mejorado o corregido a través de la crítica.

La crítica con eficacia política, esto es, aquella que contribuye a identificar oportunamente errores, desviaciones, omisiones, inconsecuencias, injusticias y daños, y pone sobre la mesa posibles formas de corregirlos, combatirlos y resarcirlos, es vital para conjurar la posibilidad de la pérdida del poder político. Dicho de otra manera, es la única manera posible de defender al Gobierno, fortaleciendo, al mismo tiempo, a la revolución bolivariana.

Así concebida, la crítica es en sí misma una forma de gobernar revolucionariamente, una manera de asumir nuestra responsabilidad política, puesto que la tarea de gobernar no es algo reservado exclusivamente a funcionarios y dirigentes.

La defensa acrítica, en cambio, es como un boxeador que se sube al ring y, tras el campanazo, decide permanecer con la defensa baja, exponiéndose a recibir una andanada de golpes que eventualmente lo podría llevar a la lona, bien sea porque decidió no pelear, porque sobreestima su propia fuerza o porque confía en que, cuando esté a punto de ser derribado, lo salvará la campana.

No por estar sobre el ring el boxeador está dando la pelea.

Para pelear hay que estar en condiciones de defenderse o, dicho a la manera chavista, de contraatacar, lo que supone la evaluación oportuna de puntos fuertes y débiles, trabajando con especial énfasis sobre estos últimos, para ser lo menos vulnerables posible.

La crítica con eficacia política, entonces, equivale al entrenamiento necesario, que debe ser permanente, porque permanente es la pelea, y porque además el contrincante no pelea limpio.

Incluso así, haciendo todo lo que corresponde, no hay que descartar la posibilidad de ser derribados. En tal caso, si nos hemos entrenado a fondo, estaremos en mejores condiciones para levantarnos. Si hemos sido indisciplinados, irresponsables, confiados, lo más seguro es que permanezcamos en la lona al término del conteo.

El punto es que, en caso de derrota, no tendremos otra opción que prepararnos para la próxima pelea. Entonces vendrán los lamentos: si hubiéramos hecho lo necesario... No esperemos ese momento. Lo necesario hay que hacerlo ahora que estamos sobre el ring, en pleno combate por el título.

Presente y futuro

Esta relación dialéctica entre necesidad y contingencia, entre estructura y ruptura, entre historia y acontecimiento, sienta las bases para la posibilidad de una política organizada duradera, mientras que la apuesta arbitraria y voluntarista sobre la explosión repentina de un acontecimiento puede permitirnos resistir la atmósfera de los tiempos, pero conduce generalmente a una postura de resistencia estética, en vez de a un compromiso militante que modifique pacientemente el curso de los acontecimientos.

Daniel Bensaid

Cuesta trabajo asimilar que vivimos un tiempo en el que casi cualquier cosa puede suceder y, sin embargo, no somos lo suficientemente fuertes como para garantizar que el desenlace sea favorable para las mayorías populares.

Son tiempos de reflujo popular, de hegemonía popular y democrática que se resquebraja, de generaciones de militantes chavistas y de izquierda que son relegados en las instituciones, en el partido, en los territorios, y de los más despiadados ataques del soberano imperial estadounidense.

La revolución bolivariana significó desde sus inicios la exuberancia de posibilidades. Hoy día, lo posible no necesariamente es lo más deseable. El horizonte se ha hecho más angosto. Renegando de la insostenible mundanidad del pueblo que lucha y de la idea misma, que considera ridícula, de tomar el cielo por asalto, una legión de nuevos ricos se pelea con los camellos por lo que consideran su derecho a pasar por el ojo de la aguja. No pasarán, lo sabemos, pero eso no les impide seguir intentándolo. El poder los ha asaltado.

Se viene produciendo una lenta pero indetenible mutación en el alma popular. Mientras una parte de la población resiste activamente los ataques provenientes de varias direcciones, como si se hallara bajo fuego cruzado, y otra parte intenta sacar provecho de las circunstancias, las mayorías, confundidas, desorientadas, atraviesan por un proceso de profunda reconfiguración de sus identidades políticas. Con todo, al grueso de ellas les asiste la certeza de aquello con lo que no desean identificarse nunca más. Lo que podría denominarse experiencia-Chávez es demasiado reciente y dejó en ellas, en nosotros y nosotras, una huella imperecedera.

Lo que hoy se incuba en las catacumbas y más acá, y que todavía no alcanza a expresarse con toda su fuerza en la superficie, dialoga incesantemente con Chávez, que es un recuerdo alegre, mucho más que motivo de nostalgia; materialidad, mucho más que idea que inspira y moviliza. Más que venerarlo, a Chávez se le resguarda, se le protege, se le atesora. También se le interroga y se le reclama. Lo que habrá de resultar de aquel proceso de reconfiguración dependerá en buena medida de este diálogo, y es muy probable que termine copando la escena política en los años venideros.

Está en nosotros y nosotras escuchar atentamente y decir nuestra palabra o hacernos de oídos sordos.

Muchos de nosotros y nosotras hemos asumido la responsabilidad de rearmar el rompecabezas de la militancia popular, chavista y de izquierda. Es lo menos que podemos hacer. Si tal y como parece el desenlace en el corto plazo no dependerá de nuestros actos, al menos no principalmente, que nos sorprenda unidos, articulados.

Como en todo tiempo, nos corresponde identificarnos con el pueblo al que pertenecemos y sus problemas y sus luchas, que son los nuestros, y hacer de bisagra con las generaciones de nuevos militantes. Debemos ser capaces de transmitir un aprendizaje colectivo gigantesco, invaluable, y además no renunciar a la oportunidad de seguir aprendiendo.

No es tiempo de balances históricos, pero única y exclusivamente en el sentido de que los balances hay que hacerlos permanentemente. Que los memorialistas y los comentaristas hagan su trabajo. El nuestro es muy distinto.

El balance que nos toca hacer no puede limitarse a dar cuenta del pasado, ni siquiera a arrojar luces sobre las tareas del presente, sino sobre todo del futuro. La nuestra tendrá que ser una mirada jánica, como lo advirtiera el propio Chávez en su discurso de toma de posesión del 2 de febrero de 1999. Como la mirada del *angelus novus* de Klee citado por Walter Benjamin en sus Tesis sobre la Historia, con la notable diferencia de que nuestros ojos habrán de posarse no solo en la catástrofe, sino en todo lo hecho por el pueblo venezolano para romper el *continuum* de la historia.

Sin olvidar un instante las tareas del presente, debemos aprender a cultivar la mirada a mediano y largo plazo, evitando apostar voluntaristamente por la explosión de un acontecimiento que nos permita lidiar con la atmósfera de los tiempos, como diría Daniel Bensaïd. Ciertamente, la revolución es acontecimiento, pero también proceso, historia, e ignorar este detalle puede conducirnos directo a la resistencia estética, sin eficacia política, impotente.

Se dirá que ésta es una postura derrotista, que el combate no está decidido, que son muchos en el mundo quienes siguen atentamente el curso de los acontecimientos, que nos expresan su solidaridad frente a las agresiones imperiales, que desean fervientemente que la revolución bolivariana prevalezca, porque en tiempos de oscuridad los pocos faros existentes permiten a los pueblos aferrarse a la idea de que otro mundo es posible. Nada más alejado de la realidad.

Precisamente porque el combate no está decidido es necesario identificar lo que hay de adverso en el panorama, porque solo así es posible despejar obstáculos y trabajar para que la revolución sea posible. Lo contrario es perseguir espejismos, arriesgándose a morir en medio del desierto.

Derrotista sería resistir sin voluntad de poder o asumirse irreversiblemente vencido y por tanto procurar la salvación personal. Si tal es la elección de algunos, definitivamente no es la nuestra.

Para que haya futuro tiene que haber voluntad de poder en el presente. Y es desde esta manifestación de voluntad que me animo a plantear la necesidad de cultivar la mirada a mediano y largo plazo. No se trata de sentarse a esperar el momento propicio, sino de crear, aquí y ahora, las condiciones propicias para actuar, para ensanchar nuevamente el horizonte. Tal es el sentido último de esta radiografía sentimental del chavismo.

A los impacientes, tanto como a los que sienten que la revolución ya fue, les vendría bien preguntarse dónde estábamos hace veinte años, o más bien veintitrés años atrás, cuando Chávez fue presa de aquella inmensa fatiga que casi lo arrastró a abandonarlo todo. Oportuno recordar a Heráclito, una vez más: el carácter es para el hombre su destino.